



José María Gabriel y Galán

Fragmentos en verso y prosa

Sólo para mi lugar

El Guijo tiene otro hijo
desde este grato momento:
¡yo soy el hijo que al Guijo
le da vuestro Ayuntamiento!

Pueblo que obsequia a un poeta
es pueblo con intuiciones,
con instinto que interpreta
del arte las creaciones;

Pueblo que sabe pensar,
pueblo que sabe sentir,
pueblo que sabe honrar,
pueblo que aspira a vivir;

pueblo discreto que advierte
que sin cultura es suicida,
porque la ignorancia es muerte,

porque la cultura es vida.

Pueblo que ama la belleza
es pueblo con ideales,
con instinto de nobleza,
con jugos sentimentales;

pueblo con orientaciones,
pueblo con ricos alientos,
pueblo donde hay corazones
y donde hay entendimientos;

pueblo que el alma conquista;
de quien la suya interpreta;
pueblo que es también artista,
¡pueblo que es también poeta!

Ese es el Guijo, señores;
pueblo que el pan conquistando
va entre ríos de sudores
trabajando, trabajando;

pueblo que brega y se afana
con esfuerzos singulares
para que el pan de mañana
no falte de sus hogares;

y holgando alegre este día
después de la brega dura,
celebra con alegría
una fiesta que es cultura;

fiesta que me ha dedicado
el celoso Ayuntamiento
para quien tengo guardado
profundo agradecimiento.

Una fiesta que es más bella
porque en ella no hay pasiones,
ni hay ruines miras en ella,
ni luchas, ni divisiones.

Veros hoy aquí reunidos
me causa el mayor placer.
¡Siempre en paz y siempre unidos
os quisiera a todos ver!

¡Odiad esas luchas ruines
y esos empeños mezquinos
que llevan a malos fines

por detestables caminos!

¡Odiad esas divisiones
que a los pueblos desbaratan
porque encienden las pasiones
y toda obra buena matan!

Seguid mi honrado consejo,
porque pueblos divididos
dice un adagio muy viejo
que serán pueblos perdidos.

La guerra abate y quebranta,
la paz eleva e ilumina.
¡Todo la paz lo levanta!
¡Todo la guerra lo arruina!

Odiad a todo enemigo
de la paz y de la unión,
porque la guerra es castigo,
principio de perdición.

Lejos de Guijo, muy lejos,
un mal enemigo habita
que da perversos consejos
cuando los pueblos visita.

Nunca semilla bendita
viene su mano sembrando;
torpe cizaña maldita
suele venir derramando.

¿Extrañaréis si no digo
por vuestro bien o interés
el nombre de ese enemigo?
¡Pues la «Política» es!

La política de ahora,
que al bien ajeno no aspira;
la política traidora,
que es una inmensa mentira.

Viene promesas haciendo
que nunca piensa cumplir;
favores viene pidiendo,
mentiras viene a decir.

Y cuando triunfa y se aleja
para hundirse en la ciudad
la guerra en los pueblos deja,

y ella se lleva la paz.

Que venga, sí, cuando quiera,
servidla como queráis;
pero por una embustera
jamás vuestra unión rompáis,

porque pueblos bien unidos
son pueblos bien gobernados,
pueblos al bien dirigidos,
pueblos bien administrados;

y está en la paz la riqueza,
y está la fuerza en la unión
y en la guerra la pobreza,
la ruina y la perdición.

Siempre hacia el Guijo he sentido
amor de alma agradecida;
mis hijos aquí han nacido,
y aquí vivo yo mi vida.

Y no habéis imaginado
lo mucho que os agradezco
que todos me habéis tratado
tal vez mejor que merezco.

Yo he procurado también
vivir con todos leal,
siempre aconsejando el bien,
siempre detestando el mal;

y si en mi mano estuviera,
sabed que yo no dejara
discordia que no rompiera
ni rencor que no acabara.

Por eso orgulloso creo
que digo verdad si digo
que entre vosotros no veo
nadie que sea mi enemigo.

Siempre el Guijo me ha inspirado
sincera y gran simpatía;
pero sabed que ha aumentado
notablemente este día.

El Guijo tiene otro hijo
desde este grato momento:
¡Yo soy el hijo que al Guijo

le da vuestro Ayuntamiento!

¿Me recibís desde hoy
por vuestro adoptivo hermano?
Pues bien: ya sabéis que soy
desde ahora vuestro paisano.

¡Gracias al Ayuntamiento!
¡Gracias al pueblo de Guijo!
No hay en mí merecimiento
para adoptarme por hijo;

mas esta Corporación
lo manda, así, y obedezco;
acepto la distinción,
mas sé que no la merezco.

Yo no soy más que un poeta
que vuestros hondos sentires
enamorado interpreta
con vuestros propios decires.

Yo no hago más que cantares
que pintan vuestros amores,
la paz de vuestros hogares,
la hiel de vuestros dolores.

Canto ese cielo divino
donde con Dios viviremos
si de la vida el camino
con honradez recorreremos.

Canto esos campos en calma,
donde el Señor ha vertido
soledades para el alma,
deleites para el sentido;

campos de donde han tomado
dulzuras mi canturías;
campos que han dulcificado
mis tristes melancolías;

campos que han sido testigos
de mis dolores secretos;
campos que son mis amigos
más leales y discretos;

campos de donde esperamos
el pan que nos alimente;
campos que todos regamos

con sudor de nuestra frente;

campos donde, agradecido,
debe todo hombre exclamar:
¡Bendito el Dios que ha podido
tantas grandezas crear!

Eso entre vosotros vi
y eso en mis versos canté.
¡Qué sepan lejos de aquí
lo que en el Guijo encontré!

Seguid vosotros marchando
del bien por las anchas huellas,
que yo seguiré cantando
vuestras virtudes más bellas.

Yo haré que lejos, muy lejos,
todos seáis admirados;
pero seguid mis consejos,
que son consejos honrados.

Vosotros, graves varones,
que jefes sois de un hogar,
mirad que vuestras acciones
los hijos han de imitar.

Mirad que el jefe que mande
entero al cargo se ofrece,
y tiene un deber más grande
que el súbdito que obedece.

Y rey que ha de gobernar,
si respetando ha de ser,
debe a los suyos guiar
por la senda del deber.

Se debe al hijo querido
algo que el alma alimenta,
algo que es más que el vestido
y el pan que al cuerpo sustenta.

Hijo sin Dios educado
no es hijo respetuoso,
ni puede ser hombre honrado,
padre amante y buen esposo.

Hijo que no ha recibido
cultura de racional
es un salvaje vestido

con traje de hombre social.

Primero es niño insolente,
groseramente procaz,
dañino y desobediente,
desvergonzado y audaz.

Más tarde será un mozuelo
de esos sin Dios y sin padre,
de esos que escupen al cielo
y escupirán a su madre.

Y, luego, un mozo perdido,
provocativo y vicioso,
con un corazón podrido
y un cerebro tenebroso.

Los hijos que ahora criáis
no son esos, a fe mía,
pero si no vigiláis
ya los serán algún día.

Vosotras, fieles y honradas
esposas de alma ejemplar,
las que vivís consagradas
al gobierno del hogar;

las que al esposo adoráis,
las que mitigáis sus penas;
las que a llevar le ayudáis
la carga de sus faenas;

las que en sus horas sombrías
sois su consuelo mejor;
las que de sus alegrías
sois la alegría mayor;

las que si enfermo le veis,
junto a su lecho veláis,
y el sueño por él perdéis
y al cielo por él rogáis,

y al ver su salud perdida
sois, con afán generoso,
capaces de dar la vida
por la salud del esposo...

Vosotras, que compañeras
sois tuyas tan diligentes,
sed también sus consejeras

benévolas y prudentes.

Dadle con vuestros amores
luz que le sirva de guía,
y perdonad sus errores
si alguna vez se extravía.

Dejad que gobierne y mande,
porque él es rey del hogar,
y fuera un pecado grande
derecho tal usurpar...

Dadle consejos de amiga
con amoroso decir,
pues lo que amor no consiga,
¿quién lo podrá conseguir?

La paz en casa sembrad,
y reine en ella ese nombre,
porque una casa sin paz
es el infierno del hombre.

Brindadle paz al esposo;
sed su perenne consuelo,
y ese infierno tenebroso
convertiréis en un cielo.

Vosotras, madres del Guijo,
fuente de oscuras hazañas,
las que tuvisteis un hijo
dentro de vuestras entrañas;

las que supisteis cuidarlo
entre desvelos y penas;
las que supisteis criarlo
con sangre de vuestras venas;

las que debéis siempre ser
el ángel de vuestro hogar;
las que enseñáis a crecer;
las que enseñáis a rezar;

las que vivís suspirando
con afanes infinitos,
noche y día trajinando
por el pan de los hijitos,

y con semblante risueño
su mitad les entregáis,
y si el pedazo es pequeño

también el vuestro le dais;

vosotras, madres amantes,
fuentes de amores benditos,
¡vivid siempre vigilantes
por el bien de los hijitos!

Quien tanto los sabe amar,
¿ha de tener corazón
para dejarlos marchar
por sendas de perdición?

Prendas que son tan queridas
y cuestan mil sacrificios,
¿quién querrá verlas hundidas
en el fangal de los vicios?

¿de qué servirá criarlos
con cariño maternal,
si logra el vicio arrojarlos
a los abismos del mal?

¡Ay de la madre que olvida
lo que Dios le ha confiado!
¡Ay la que trae a la vida
un blasfemo o un malvado!

Porque si esa madre ha sido
culpable de tanto mal,
de Dios le caerá en su oído
esta sentencia fatal:

«¡No fuiste mujer bendita
que al mundo dio un hijo bueno;
fuiste víbora maldita
que al mundo diste veneno!»

Madres amantes del Guijo,
madres celosas y buenas,
las que dieráis por un hijo
la sangre de vuestras venas;

las que lucháis por criarlos
como azucenas lozanas,
¡no os olvidéis de educarlos
con enseñanzas cristianas!

En nombre del Poderoso
que quiso el mundo crear
y de un soplo portentoso

pudiera el mundo arrasar;

en nombre del Dios clemente,
del padre de los mortales
cuya mano providente
derrama el bien a raudales;

en nombre del que amoroso
salud y pan nos envía
y desde ese cielo hermoso
nos manda la luz del día;

en nombre del que las plantas
hace en los campos crecer
y en ellos bellezas tantas
pródigo sabe verter;

en nombre del Dios eterno,
del que del Cielo es la llave,
del que arroja en el infierno
lo que en el Cielo no cabe...,

yo os pido, madres cristianas,
que no entreguéis los hijitos
a libertades insanas,
fuentes de vicios malditos.

Yo os pido, madres amantes,
que a los hijos protegáis,
que siempre estéis vigilantes,
porque si en ellos fiáis,

en los abismos abiertos
del mal los veréis caídos,
y es menos mal verlos muertos
que conocerlos perdidos.

No me digáis que ninguna
verlos perdidos quisiera,
pues sé que no hay madre alguna
que tenga entrañas de fiera;

pero alguna puede haber
que no se pare a pensar
que hay un modo de querer
que es un modo de matar.

Cariños mal entendidos
y locamente otorgados
hacen más hombres perdidos

que hombres juiciosos y honrados.

No quiere bien quien halaga
pasiones que en otro viere;
¡el que mayor bien nos haga
aquel es quién más nos quiere!

Y siendo un bien singular
la educación que nos den,
querer bien es educar,
porque es hacernos gran bien.

Sólido bien verdadero,
que al hijo que lo comprenda
le valdrá más que el dinero,
le valdrá más que la hacienda.

Honradas madres del Guijo:
si amáis al pueblo también,
no le deis un solo hijo
que no sea hombre de bien.

Vivid, vivid educando;
vivid, vivid reprendiendo;
noche y día vigilando,
noche y día corrigiendo.

Poned el alma en la empresa
de dar buena educación,
que precisamente es esa
vuestra principal misión.

¿Reglas queréis y lecciones
para este fin conseguir?
Pues solo en cuatro renglones
se pueden todas reunir:

«El hijo en casa ha de ver
ejemplos de bien obrar,
ejemplos de bien hacer,
ejemplos de bien hablar.»

Y basta, cristianas madres,
porque bien debéis saber
que lo que fueron los padres
los hijos luego han de ser.

Y si bien los educáis
mañana os respetarán,
y si pan necesitáis,

pan y cariño os darán.

Doncellitas guijarreñas:
dijo verdad el que dijo
que sois sanas y risueñas
como los campos del Guijo.

Sus rosas os dan colores,
aroma os dan sus violetas,
sus mozos os dan amores
y os dan versos sus poetas.

Sois la luz y la alegría
de vuestros limpios hogares;
la gala y la poesía
de las fiestas populares;

sois la mayor hermosura
que nuestros ojos recrea;
sois la gentil donosura
que nuestro pueblo hermosea.

Gloria de vuestros paisanos,
orgullo de vuestros padres,
honor de vuestros hermanos,
cariño de vuestras madres.

Del rudo trabajo amigas,
a él os entregáis sin quejas,
hacendosas como hormigas,
laboriosas como abejas;

sois las palomas torcaces
que en los montes guijarreños
arrullan nuestros solaces
con arrullos halagüeños.

Sois juventud y alegría,
sois vida fresca y lozana,
sois amor, sois bizarría,
¡sois la mujer del mañana!

Tenéis toda la belleza,
todo el gracioso buen ver
que pueda Naturaleza
dar a un cuerpo de mujer;

mas esa gran hermosura
no es vuestra prenda mejor:
hay otra más alta y pura,

hay otra de más valor.

¿Conocéis esa lozana
flor de exquisita bondad?
Pues es la virtud cristiana
que se llama «honestidad».

¿Veis una rosa muy bella,
pero con muy mal olor?
Pues eso es una doncella
sin la virtud del pudor.

El pudor es el aroma
del alma de la mujer;
con él es una paloma;
pero sin él, ¿qué ha de ser?

Un aborto abominable
que inspira pena y horror;
una mujer despreciable
para todo hombre de honor.

Carne que el vicio ha comprado,
alma al demonio vendida,
un trapo roto y manchado
que se pisa y que se olvida.

Simpáticas guijarreñas:
se dijo verdad quien dijo
que sois sanas y risueñas
como los campos del Guijo,

yo, que sé quereros bien,
quiero que diga verdad
quien diga que sois también
modelos de honestidad.

Porque una linda doncella
sin la virtud del pudor
es una rosa muy bella,
pero que no tiene olor.

Vosotros, mozos briosos
de este apacible lugar,
los que en él vivís dichosos,
sin penas que lamentar:

sois la savia de la vida
del pueblo que cuna os dio;
sois la mano encallecida

que en huerto el erial trocó:

sois la mano que trabaja,
la que planta y la que riega,
la que poda y la que taja,
la que siembra y la que siega,

la que esparce y amontona,
la que roza y la senara,
la que limpia y la que abona,
la que cava y la que ara...

Sois los brazos vigorosos
de vuestros padres queridos,
que, ya viejos y achacosos,
van sintiéndose rendidos;

sois fuerza que está creando;
sois vida que está latiendo;
sois dicha que va cantando
y amor que viene riendo;

sois la raza fuerte y sana
que viene al nuevo vivir;
sois los hombres del mañana,
sois de Guijo el porvenir.

Juventud que vas trepando
por la cuesta de la vida
y contenta vas mirando
que es hermosa la subida:

si por ella tú supieras
caminar con alma honrada,
de seguro que tuvieras
menos triste la bajada.

Bizarros mozos del Guijo,
que de honradez sois dechado,
a vosotros me dirijo
con este consejo honrado:

Jamás deshonréis las canas
de vuestros padres queridos
con ruines obras villanas
de corazones podridos.

Jamás amarguéis los días
postreros de su existencia
con infames rebeldías

de hijos sin Dios ni conciencia.

Jamás les deis el suplicio
de veros encenagados
en los abismos del vicio,
que son mansión de malvados.

¡Sed honrados, porque el Cielo
premia el honrado vivir!
¡Haced un pueblo modelo
del Guijo del porvenir!

Vosotros, los que ejercéis
la misión de gobernarnos,
los que adelante debéis
por buen camino llevamos,

los que del orden cuidáis
con desvelos paternales
y fielmente administráis
los intereses locales,

sabed que de Dios emana
toda humana autoridad,
y el hombre que la profana,
profana la santidad.

Sabéis, honrados varones,
¡cuán estrechas, cuán sagradas
son esas obligaciones
que os tienen encomendadas!

Cumplidlas honradamente
con probidad ejemplar,
pues ello ha de ser la fuente
del público bienestar.

Gozan los pueblos honrados
riqueza y prosperidades
si están bien administrados
por buenas autoridades.

Conducidnos por orientes
de progreso y de cultura,
que son las mejores fuentes
de toda dicha futura.

Pueblos que sin tales frenos
corren por otros caminos
son tribus de sarracenos,

son manadas de beduinos.

Y eterno borrón cayera
sobre vosotros mañana
si vuestro gobierno hiciera
del Guijo tribu africana.

Y a vosotros, ciudadanos,
que con honor y pericia
tenéis hoy en vuestras manos
la vara de la justicia,

también os quiero invocar,
también os quiero pedir
que antes de prevaricar,
sepáis con honra morir.

Caed como una centella
sobre la humana malicia
si torcer quiere hacia ella
la vara de la Justicia.

Y al que la pide y la tiene,
dádsele sin vacilar,
aunque un puñal os ordene
tales derechos robar.

Públicamente os lo digo
para de ejemplo servir,
y un pueblo entero es testigo
de lo que voy a decir:

Si a este sitio la malicia
me acerca una sola vez
y os propongo una injusticia,
tentando vuestra honradez,

que lo hagáis público quiero
para que el pueblo del Guijo
me llame mal caballero,
indigno de ser su hijo.

Vecinos de este lugar:
si en algo hablando ofendí,
bien me podéis perdonar,
porque ofender no creí.

Hablé con alma sincera
y quise un consejo daros
por si esta es la vez postrera

que en público vuelvo a hablaros.

Hablé porque al Guijo quiero
y al bien aspiro del Guijo,
pues no soy un forastero,
sino que ya soy su hijo,

y quiero vivir en él
y su gloria procurar
como un hijo honrado y fiel
que quiere a su padre honrar.

Yo soy de todos, vecinos;
cuenta conmigo cualquiera
cuando por buenos caminos
que yo le acompañe quiera.

Son para mí, sin resabios,
iguales grandes y chicos,
iguales rudos y sabios,
iguales pobres y ricos.

Y aunque a todos por igual
doy confianza y amor,
el más honrado y leal
siempre es mi amigo mejor.

Vivamos todos unidos
por lazos de afectos sanos.
¡Los pueblos están perdidos
si no son grupos de hermanos!

Se vive en buena hermandad
cumpliendo esta condición:
tenga el rico caridad
y el pobre resignación.

A todos juntos suplico
que cada cual así obre:
el pobre que ayude al rico,
y el rico que ampare al pobre.

Así ha de darnos el Cielo
salud y bienes sobrados,
y el Guijo será modelo
de pueblos cultos y honrados.

Si el bien del pueblo anheláis,
dadle paz, honra y honores,
y en prueba de que lo amáis

decid conmigo, señores:

¡Viva por eternidades
nuestra cristiana fe pura!
¡Vivan las autoridades
amantes de la cultura!

¡Viva la fe en los destinos
de nuestra aldea sencilla!
¡Vivan todos los vecinos
del Guijo de Granadilla!

El castañar

- I -

Ved la verde maravilla

de belleza y de frescura
que puso Dios a la orilla
del desierto de Castilla
y el erial de Extremadura!

Es el arpa soberana
donde vibran los rumores
de la ciudad bajarana,
que es una hermosura artesana
rica en virtudes y amores.

Cuando, entregado a mis sueños,
tristísimos o risueños,
corro por tierras de hermanos,
de los campos extremeños
a los campos castellanos;

el geniecillo que vuela
cerca de mí, noche y día,
el que mis penas consuela
y amorisísimo vela
mis ensueños de poesía,

este dulcísimo aviso
me suele muy quedo dar:
«Despierta, que ya diviso
las lindes del paraíso
que llaman el Castañar.»

Y libre la mente, herida
de ensueños que dan enojos,
sacudo el alma oprimida,
dispuesta a bañar mis ojos

en la visión prometida.

Y mientras voy bordeando
el bello edén secular,
voy sin palabras forjando
un cantar más dulce y blando
que este grosero cantar.

- II -

La vida me da dolores,
pero también me da amores,
que es darme dichas muy hondas...
¡Fueran acaso mayores,
gozadas bajo tus frondas!

Mas ¡ay!, que aunque peregrino,
tu visión no me has negado,
al cruzar este camino
siempre voy arrebatado,
con paso de torbellino.

Y aunque al pasar sé llevar
almas y ojos codiciosos
abiertos de par en par,
tus misterios más sabrosos
no puedo paladear.

Miro tus sendas oscuras
perderse en las espesuras,
y presiento tus canciones,
y venteo tus frescuras,
y adivino tus rincones...

Y yo me fijo cantando
tu peregrina hermosura
la música interpretando
del himno sereno y blando
que tu oleaje murmura.

Los ojos y el alma abiertos
del hijo de los desiertos
¡con qué delicia te ven!
¡Qué pobres mis pobres huertos,
después de visto el edén!

¡Qué mísera aquella higuera,
de donde cuelgo mi lira,
y aquella parra casera
que a dulce compás suspira
de mi guitarra severa!

Pulsárala en las hojosas
moradas de tus umbrías,
y fueran sus melodías
opulentas y pomposas,
como tus frondas sombrías.

¡De aguas puras los rumores
frescas sombras, brisas sanas
y perennales verdores!...
¡Qué hermoso vergel de flores
es, el vuestro, bejaranas!

- III -

Templo en que Naturaleza
puso grandiosa belleza,
tan llena de majestad...
desde tu espléndida alteza,
mira la hermosa ciudad.

Blanca como una paloma
que descansa en el alcor,
el sol de la vida toma,
posada sobre esa loma,
como la abeja en la flor.

Lavandera y cardadora,
infatigable hilandera,
batanera y tejedora,
tiene historia de señora
y honrada vida de obrera.

Respira tus brisas duras,
sus ojos en ti recrea
y busca en tus espesuras
alivio a fatigas duras
de la perenne tarea.

Si hacer su epopeya quieres,
escoge en salmos austeros
plegarias de sus mujeres,
rumores de sus talleres
y cantos de sus obreros.

Por las abiertas ventanas
de fábricas y de hogares
penetran las brisas sanas
que agitan dulces y ufanas,
tus árboles seculares.

Pues tiene tu rico aliento
música que da contento
y efluvios de esencia rica,
que a la sangre purifica
y equilibra el pensamiento.

¡Hinche de salud briosa
la vida de esas legiones
de la gente laboriosa,
y reine en sus corazones
tu paz augusta y sabrosa!

Bejarano edén ameno:
¿qué es lo que no podrás dar,
si, para hacerte más bueno
puso el Señor en tu seno
la Virgen del Castañar?

Bejarano paraíso:
si el Cielo donarte quiso
ricos veneros tan bellos,
tu pueblo será preciso
que venga abrevarse en ellos.

¡Abre veneros tan sanos,
y tus cultos bejaranos
y tus lindas bejaranas
beban perfumes cristianos
disueltos en brisas sanas!

Y almas y cuerpos al par,
en salud podrán cantar
este su más dulce anhelo:
«¡De Béjar, al Castañar
y del Castañar, al Cielo!»

Invitación

Te invito desde el
destierro.

Sin despecho, sin rencores.
En este risueño encierro,
hospital de mis dolores,
estoy cantando el entierro
de nuestros muertos amores.

¡Prevista estaba la suerte!
Inquietos y casquivanos,

y puestos entre tus manos,
murieron de mala muerte,
que no hay cosa menos fuerte
que unos amores livianos.

El tuyo liviano era,
y el que te di no me extraña
que víctima suya fuera.
¡Ya no eres tú la primera
pobre mujer que me engaña
de esa sencilla manera!

Y en este juego de amor
sé que quieres demostrar
que no fui yo el burlador...
Tranquila puedes estar,
que yo mismo haré constar
que es muy tuyo el tal honor.

Y dígame sin recelo
que tu engaño hízome daño,
porque yo no soy de hielo;
mas no te parezca extraño
que ahora bendiga ese engaño
que le abre a mi amor el cielo.

Pondrélo en lugar seguro,
pues, tras fracaso tan duro,
no a más mujeres confío
un amor como este mío,
que, por no ser todo impuro,
te ha parecido muy frío.

De una aspiración bendita
te he querido hablar mil veces:
mas sospecho, mujercita,
que esta idea que me agita
no cabe en las estrecheces
de tu linda cabecita.

Haciendo estoy penitencia,
y quiera Dios perdonarme
amores tan desdichados:
quiero limpiar mi conciencia
para ante Dios presentarme
sin esos ruines pecados.

Y limpio de vaho impuro
de aquel amor tentador,
tan torpe como inseguro,

después que me sienta puro,
pondré en Dios todo mi amor,
que en Dios estará seguro.

.....
Antes que en ese camino,
por donde corres sin tino,
des con un mal caballero
que juegue con tu imprudencia,
te invito a hacer penitencia
y a cambiar de derrotero.

Qué, ¿te ríes? ¡Cuántas veces
he temido, mujercita,
que esta sana aspiración
no cabe en las estrecheces
de esa linda cabecita
y ese enfermo corazón!...

A un rico Soneto

¿Quién te ha dado tu
hacienda o tu dinero?
O son fruto del trabajo honrado,
o el haber que tu padre te ha legado,
o el botín de un ladrón o un usurero.

Si el dinero que das al pordiosero
te lo dio tu sudor, te has sublimado;
si es herencia, ¡cuán bien lo has empleado!;
si es un robo, ¿qué das, mal caballero?

Yo he visto a un lobo que, de carne ahíto,
dejó comer los restos de un cabrito
a un perro ruin que presencié su robo.

Deja, ¡oh rico!, comer lo que te sobre,
porque algo más que un perro será un pobre,
y tú no querrás ser menos que un lobo.

Alma charra

A la manera de pensar del tío Gorio sobre cualquiera cuestión le llama él «la mi sistema». Y hay que ver la sistema del tío Gorio en las cosas que interesan a los hombres más de cerca.

El tío Gorio dice que es cristiano, como su padre, como su abuelo, y no diré que es católico, apostólico, romano, porque eso sería hablar de mi cuenta y riesgo, pues el tío Gorio no alcanza tales conceptos con su

magín. Para él no hay más que dos religiones: la cristiana, que es la suya, y la no cristiana, la de los judíos, que es la del boticario del lugar, que no va a misa ni se confiesa.

La religiosidad del tío Gorio está cuajada de un sentido utilitario acentuadísimo. Este es su móvil inmediato. En su credo, junto a Dios, tienen un puesto las brujas, de cuya existencia va desconfiando un poco; pero si las hay, pueden hacer mucho daño, y por si acaso, es prudente no negarlas a tenazón la existencia. Así va él pasando la vida, capeando temporales y contemporizando con los poderosos.

En la fe del tío Gorio hay de todo. Lo mismo cree en la eficacia de la oración que le echa a San Antonio para que le busque la ovejita extraviada, que en el mágico poder del conjuro que mata a los gusanos que se crían en las llagas de los animales.

Allá en sus adentros, tiene el tío Gorio secretos teológicos, que no suele revelar porque teme perjudicarse con ello.

-Creo en Dios; pero no creo en los curas -dijo, un domingo por la tarde, en un momento de abandono, mientras bebía con tres convecinos el vino que habían jugado a la brisca en el corral de la taberna.

No estaba borracho, estaba sincero; aquel era el verdadero tío Gorio, abandonado a sus pensamientos y sentires, no el tío Gorio de todos los días, siempre cauteloso, siempre en guardia, disfrazado. Y aquella tarde, ya orientado hacia la herejía, sentó una segunda posición, todavía más fuerte que la primera:

-¿Sabéis lo que vos digo? Pues que la religión no es naa más que a moo de una maroma que tienen pa sujetarnos a toos.

Nunca el tío Gorio había levantado tanto la puntería. Con todo, los tiros no iban contra Dios. Dios era una cosa de arriba, del Cielo, y la Religión era una cosa de abajo, los curas, la confesión, los sufragios por los difuntos, los treinta realazos que costaba una boda...

Con Dios no se mete el tío Gorio. Lo teme mucho por hábito y por egoísmo. Le hace daño en los oídos la blasfemia, que nunca suena en su casa; y cuando la oye cerca de él, siente miedo, y algunas veces mira instintivamente hacia arriba como temiendo ver vibrar el rayo vengador que viene a carbonizar al blasfemo.

Reza bastante el tío Gorio, y mucho de ello es por temor a que un zarpazo de la Divina Providencia, irritada contra él, lo deje sin cosechas, sin salud o sin vida; sobre todo, sin cosecha; porque si para él Dios es su Dios, la hacienda es su diosa, y acaso me quedo corto. Se lo da todo: sus días, sus noches, su salud, su vida y hasta sus hijos. No cree que Dios le da la hacienda para sus hijos, sino que le da hijos para la hacienda. No pongamos al tío Gorio en duras alternativas que se vienen a las mientes. No le hagamos contestar ningún dilema.

En la sistema politicosocial de nuestro hombre hay muchos más puntos negros que en sus concepciones religiosas. Es escéptico y pesimista del más cerrado sistema. Ante todo, el Gobierno es un ladrón. El tío Gorio no admite siquiera la excepción del individuo. Todos, todos los que suben van a chupar el sudor de los labradores. Cuando bajan, ya están ricos, y dejan sus puestos a los que están esperando la hora de chupar también. Tienen hecho ese convenio; y vengán pagos, y vengán quintas, y vengán holgazanes en las oficinas, y vengán sueldos.

Y dilatando el concepto, comprende en él a casi todos los ciudadanos que no cultivan la tierra. Para el tío Gorio la palabra señorito es sinónimo de pillo. Para juzgar de la honradez de los hombres le basta saber cómo visten. Si tienen pantalones finos, chaquetón y sombrero alto, están juzgados. Cuando los ve en la ciudad, cree que todos son empleados y dice para su capote:

-¡Cuánto holgacián! Yo no sé cómo la tierra da pa tanto.

En el fondo los odia; pero los adula y los respeta, porque los teme. Cualquiera de ellos le parece muy capaz de enredarle en un lío de papeles que le dejase sin calzones. No se fía de ninguno. En la vida le ha dicho la verdad al abogado a quien acudió en consulta, ni al candidato que le solicita su voto, ni al señor juez de instrucción que le llama para hacerle declarar. Hay que suponer que al cura se la dirá en confesión; pero a los demás no suele decirles más que lo que le conviene. La mayor de las imprudencias cree él que es entreabrir las puertas del alma ante los señoritos. Todos son iguales.

Yo defendí cierto día a uno de ellos, que era todo un honrado caballero, de injustísimos ataques que en el pueblo del tío Gorio le dirigían, y el tío Gorio exclamó cuando lo supo:

-¡A cualquiera hora le iba a quitar al otro la razón! ¡Bien dice el refrán que los lobos no muerden a los lobos!

Y después censuré la conducta de otro señorito que era un vividor, un grandísimo tunante. Y supe luego que el tío Gorio me había puesto esta corona:

-¡To!, pues no, que iba a alabar al otro. Bien dice el refrán: «¿Quién es tu enemigo? El que es de tu oficio.»

A ninguno de los aspirantes a diputados por el distrito le niega el tío Gorio el voto, y menos cuando los mismos candidatos le hacen su petición a quema ropa; pero los candidatos se van, y entonces ya es otra cosa. Hay que averiguar si dan cuartos o es «no más que una convidá» y ver «cual es el que tiene mas cuenta a la gente», y tener muy presente también «pa onde está ladeao el secretario, porque no se le pue faltar ni tiene cuenta quedar repunteao con él». Los mayores apuros del tío Gorio sobrevienen cuando el secretario trabaja en favor del candidato que no da cuartos, o da «una convidá más misere» que la del otro. Inspiraciones domésticas le obligan a decidirse siempre en favor del secretario; pero ¡qué amarguras y qué sudores le cuestan!

Los diputados son también unos señores ladrones a quienes hay que tener siempre contentos «pa si se ofrece meter influencias pa alguna cosa», porque «somos piedras que rodamos», y «pa cualquiera custión se necesitan empeños hoy día», porque el que hizo la ley, hizo la trampa», y esa gente «te saca en un santiamén de cualquiera enreá, y más si le alumbras un pa e duros pa café».

Cree firmemente el tío Gorio que los señores diputados prometen sin intención de cumplir lo prometido; pero «de toos modos y maneras, las enemistaes, pa el que las quiera son buenas, que na más traen que muchas desazones y muchas perdas, si a mano viene».

Para que el tío Gorio desconfíe de un negocio le basta conque cualquiera se lo proponga, aunque sea con la mejor buena fe. Proponérselo y sentirse alarmado, todo es uno. Muchas veces se deja escapar positivas

ganancias que entre las uñas le ponen, porque no ve delante de los ojos otra cosa que la sospecha de que tratan de engañarle.

-¿Qué quedará este pájaro? -dice maliciosamente cuando se aleja el que le propuso el negocio.

La gran vanidad del tío Gorio consiste en no ser ratero. Y, en efecto, no lo es; pero ¡cuántas veces lo dirá al cabo del día! Es su eterno sonsonete... «Porque otra cosa no tendré -dice el hombre; pero en tocante a quitarle nada a naide, no hay quien ande con los pies más asentao que yo y los mis muchachos.» Y es verdad. Hay en eso algo de hábito virtuoso, adquirido por herencia; hay también un terror pánico a caer, con toda su hacienda, entre las uñas de la curia; hay para él un argumento de fuerza contra el convecino ratero que le sustrae medio pie de la tierra en la linde con la punta de la reja, o le lleva medio cuartillo de trigo en los zapatos cuando le ayuda a limpiar una parva, o le corta a medianoche la regadera de las patatas para que beban las del ratero un traguillo antes que le llegue la vez; y hay, por último, un principio, de tácito egoísmo calculador, que podría traducirse así: «Yo no robo para tener derecho a que no me roben.»

La sistema jurídica del tío Gorio se mueve toda entera alrededor del derecho de propiedad, que es para él el más sublime, el más sagrado, el más perfecto y hermoso de todos los derechos y el más merecedor del respeto de los hombres. Quisiera él establecer en el pueblo un pacto, firmado y todo, cuya única cláusula fuese esta: «El que le coma algo a otro, será condenado al pago del duplo de lo comido y a veinte años de presidio»; pero que lo condenen los judiciales, porque el tío Gorio le tiene un miedo espantoso a toda clase de litigios. Cuando coge al ratero con las manos en la masa, se pone como un energúmeno y jura que lo ha de entregar a los Tribunales, que lo ha de perder. No hay tal cosa. El secreto del tío Gorio es precisamente este: dejarse robar hasta los calzones puestos antes que meterse en denuncias y líos de papeles. Lo que hace es irse con mucho sigilo a casa del secretario para que este amedrente al ratero y le haga pagar lo hurtado, prometiéndole, en cambio, intervenir en el asunto para que el tío Gorio no lleve las cosas más adelante. Algunas veces no le resulta la estratagema y se queda sin lo rabado y hecho un basilisco. Por eso tiene vivos deseos de romperles la cabeza a unos cuantos convecinos; pero no lo hace porque dice que «eso es lo que quie la curia que haiga pegas tos los días y que el que da tenga pa responder». Y maldice de todo por eso, porque se ve sin medios de defensa contra los ataques a su propiedad.

-Si no doy parte, tuito me lo comen los golosos; si los meto en un trebunal, me enrean a mí también, y si escalabro a uno y coge testigos, me arrascan bien la bolsa entre unos y otros.

Si valiera tomarse la justicia por su mano, al tío Gorio le iría bien, porque dice que «a los sus muchachos no había más que apitarlos una miaja, y ya se vería luego quién llevaba los gatos al agua». Y él mismo haría también lo que pudiera, porque «no se le arruga el ombrigo así como así, ni lo amedranta a él ningún majito que le venga turreando, porque a él le tufa el aliento y no le coge miedo a naide»..., a no ser a ella.

Ella es su mujer, la tía Pulía, el ama y señora absoluta de la casa, de la hacienda, de los hijos y del tío Gorio, que la teme como a una nube

de verano, cargada de rayos y granizo. Fuera de la casa la llama siempre así: ella; y algunas veces, la tía. En casa tampoco la llama por su nombre: la llama chacha, y siempre bajito y como con algo de cariño vergonzante, preñado de temores y respetos.

La tía Pulía es más lista que su marido y trabajadora en demasía. Dicen de ella que «es una, cendra; la tía más árdiga que hay pa el trabajo». Ella espada lino, hila, echa telas, excava los garbanzos, espiga las cortinas, asiste a los cerdos, cría pollos, remienda, lleva al campo las comidas, compra y vende, cobra y paga, lo dispone todo, lo dirige todo, lo absorbe todo. Y todavía le queda tiempo para hacer algo de fruta de sartén «pa si se ofrece», y para poner bien majos a los dos mozos los días de fiesta y para hacer diplomáticas gestiones cerca de las madres de las mozas que a ella le gustan para novias de sus hijos. Las conoce como si todas fueran hijas suyas. Para eso tiene un ojo envidiable la tía Pulía. Hay que oírla hablar así:

-¿Cuál, la del tío Gorrilla? ¡Ay queridota, y qué comencia pa un probe! Mucho hacer puntilla, mucho sacarse pa fuera la chambra, mucha gamonita con los mozos, mucho abanicarse en misa, mucho barrer el enrollao, y luego pa dentro de casa los tapujos, y las marranás, y las zancajerías, y los camisones curtios y los paños como tizones. Y encima entrapaos hasta los ojos. ¡Si tuito lo da a hacer! ¡Anda, que a la maestra bien la va con ella! Por cuatro monás de na que le cosiquea, allá van los mandilaos de frejones, y las buenas cazuelas de garbanzos como abogallas, y la buena torta reciente, y los buenos pucheraos de calostros y de suero en el tiempo. Y luego, cuando viene el cobraor de la contribución, ¡a echar la vela pastora por el lugar en cata de los cuartos! ¡Buena gobierna de casa anda allí!... ¡Pues no sos quió decir na de las mocitas de nuestra comadre! ¡Que las revendiera a dambas! ¡Má que las crió, y qué fiesteras, y qué monas, y qué holgacianotas, y qué amigas del buen boca, que no gana su padre pa golosás! Allí rosquillitas, allí coquillos, allí perrunillas, allí floretas, y venga escachar güevos, y venga mercar azúcar, y la fanega de trigo pa el tío de las uvas y la tarja diendo y viniendo de la taberna y un buen caramillo de trampas en ca la tendera... ¡Quítalas delante, y quién cargará con ellas! Y no es decir que en la casa no haiga entrás, que su padre anda reventao siempre, buenos años que ha tenido, porque bien le ha pintao el trigo del rozo hogaño y otros años que no miento y bien se han enllenado de garbanzos y garrobas y de too; pero alantan más las gallinas a esparramar el montón que él a ajuntarlo...

Y de parecido modo va pasando la tía Pulía minuciosa revista a las mozas del lugar, indicando «a los su muchachos cuáles pueden convenirles y advirtiéndoles que se estén quietos hasta que ella le tire alguna puntá a fulana pa saber si hace cara o no hace cara». Los dos mozones hacen lo que el tío Gorio: oír, callar y obedecer.

El tío Gorio, según él dice, «está desimío de esas cuestiones, que son como para las tías na más». En realidad, está desimío de todas las cosas, porque la tía Pulía, que ejerce sobre él un dominio irresistible, le invade todo el campo de sus atribuciones e iniciativas.

Le proponen a él la compra de una vaca, por ejemplo, y aun sabiendo que ella quiere que se venda, contesta invariablemente: «¡Pchs! Pues

hombre, en queriendo ella, por mí no hay pero ninguno.»

-Mira, Gorio, que ha venío el alguacil pa que vayas mañana a Concejo; y a ver la palabra que sueltas allí; cuidaíto con que te dejes enrear; mira que tú eres el tío mas fiao y más desmaliciao del lugar, y te dejas entruchilar en un santiamén... Van a determinar del istierco del rodeo, y ya te he dicho que yo no quio rebujinas. Si el compadre quiere mercarlo allá se las vea; tú no me vengas con medias, que las medias son buenas pa las piernas, y la grasa se la chupa siempre el demonio de alta peña y a casa no me traes más que las pedras. Si determinan también de echar la derrama pa mercar el reló, ahora te lo digo: tú te desimes de eso, que yo no quio reló ni reloa; ¿estás enterao? No me vengas luego con que si pitos, con que si flautas, y tengamos en casa alguna que sea soná. Y de los pastos, ya sabes: si le rebajan un real a las ovejas y le suben tres a las vacas, entras en la comunidá, y si no, no... Y no me vengas, como hogaño, con la música de que tenían ley pa hacerte entrar, porque hogaño no entras, ya lo sabes; y si te dejas engatusar, a casa no vengas, Gorio, porque no estoy yo aquí hecha una esclavita de lo que hay pa que tú me lo malrotes en pagos; ¿te enteras? No digas luego que no te advertí bien advertí; y ¡no las tengamos, no las tengamos!, que soy enemiga de desazones, y tú paece que le andas buscando siempre tres pies al gato, y tiene cuatro. Yo debía hacer contigo lo que hacen otras con el marido: no dejarte ni resolgar siquiera, ni meterse en nada, ni hacer tratos ni contratos con la otra gente; pero velay, todas no tenemos la suerte de tener un marido que se deja llevar, como hay otras. Una de esas que yo me sé te debía haber caído a ti a la cola, Gorio, pa que supieras lo que es bueno; y no que tú, encima de no servir pa na, empeñao en meterte en todo y salirte siempre con la tuya.

El tío Gorio aguanta paciente y mudo estos chubascos, y ni siquiera le entran ganas de discutir las sinrazones de ella. «La tiene como dejá porque las tías son asín toas; y porque en muchas custiones no va ella descaminá, y de toos modos y maneras, más ven cuatro ojos que dos.»

Allá para sus adentros, se quieren bien.

Los amores del tío Gorio y la tía Pulía no fueron nunca vehementes. Unió a la pareja, no el amor precisamente, sino la mutua conveniencia, medida y pesada por la familia de ambos. «Había tierras que lindaban que en rompiendo la miaja de linde, quedaban unas alhajas, y dos praos pegando, que na más quitar el medianil, y aquello era una jesa.»

Y se casaron con el afecto que puede nacer de una previamente sentida comunidad de intereses y de un par de años de trato, reducido a un rato de charla los sábados por la noche y los domingos por la tarde. La vida común avivó después aquello, y llegaron a quererse con cierta pasión, más sincera que fogosa.

Por entonces iban juntos a la feria de la ciudad y a las fiestas más notables de la comarca; y así llegaron días en que se amaron, no como héroes de novela, pero sí más y mejor que ninguna otra pareja del lugar. La sangre, en aquellos tiempos, estaba inquieta, y como en casa no había testigos, que eran los enemigos más grandes de aquel amor cobardón y pudoroso, salía este de sus hondos escondites, y los vieron muchas veces las paredes de la modesta casita corretear por allí... Pero vinieron los hijos, crecieron, y «antes de que tuvieran conocimiento» se hundieron para

siempre en el fondo del baúl los juguetes del querer, y allí no volvieron a cruzarse dos miradas que hablasen de tales cosas. Fuego había, pero sin humo y sin llamas.

Pasaron los años, y aquello no era ya fuego; era suave calor de cenizas no movidas, tibio pero duradero. Los hijos lo barruntaban, sin saber de dónde venía, y se criaron en aquella templada atmósfera con la absoluta inconsciencia de quien vive en su elemento. Y así fueron luego lo que son: naturalezas simples y sanas de pasiones sosegadas, dóciles a todo freno, tranquilas, equilibradas, mudas, sufridas y austeras. Ambos son buenos mozos, trabajadores y cobardones; no fuman, no beben vino, no conocen más juego que el de la calva. Su madre los echa a la calle los días de fiesta para que luzcan sus ajustados calzones; los blancos borceguíes nuevos con pespuntos amarillos; las gorrillas de embudo, adornadas con un lirio o unas hojas de romana; los camisones como el ampo de la nieve; las blusas nuevas de engomadas telas rebeldes a la adherencia; los grandes tapabocas con flecos de chillones colorines.

El tío Gorio, cuando ellos se van al baile de tamboril, se reúne siempre casualmente con algún compadre, «y se la echan a dos a la brisca». No lleva nunca consigo más que diez céntimos, que le da ella cada día de fiesta, siempre con la amenaza de suprimirle la pensión la primera vez que vaya a casa chispo; pero no sirve. El día que pierde la partida, menos mal, porque no bebe más que la cuarta parte de lo que pierde; pero cuando gana no quiere llevar los diez céntimos a casa, por no sentar precedentes perjudiciales, y los echa en vino, que se bebe amigablemente con el compañero ganancioso. No se emborracha; se pone alegre, bromista, charlatán y muy cariñosete, que es lo que no puede resistir la tía Pulía. Siempre regresa él a casa con el decidido propósito de aparentar serenidad, para que la mujer no se entere; pero la alegría que hormiguea todo su cuerpo le hace olvidarse de todo, y cuando asoma por la puerta de la cocina, ya sabe la tía Pulía cómo viene. Lo primero que suele hacer el hombre es llamarla con cierto mimo «parienta», en lugar de chacha, y eso la pone a ella fuera de sí.

-¡Mal relobado te entrara, Dios me perdone, re... peinetero! ¿Sos parece qué escarmiento el de este tunante? Mira, reladrón, o te quitas delante de mis ojos, o esta es la noche que te enderezo con el badil en los hocicos. ¡Vergüenza te podía dar!, tener dos hijos mozos que están en su casa, como Dios manda, desde el ponerse el sol, y tú enfochao en la taberna hasta las ocho de la noche, derrotando lo que otros ganan y dando escándalo. ¡Quítate lante, que no tienes rayo de vergüenza, ni la conoces siquiera! Más te valía darle mejor ejemplo a los muchachos. ¡Anda que ya, ya te ataré corto, ya!; te aseguro y te prometo, como esta es cruz, que vas a mudar de librea desde hoy, o el demonio va a andar en Cantillana. La perra que esta tía te vuelva a dar pa vinarra que me la claven en la frente, bausonazo. Esa vivienda que traes, yo, yo te la quitaré, yo, bribón. O mudas de bisiesto, o nos van a oír en too el lugar, conti más en la vecindad.

Todo esto lo dice la tía Pulía sin dejar de trajinar en la cocina, andando de un lado para otro, con mucho manoteo al aire, mucho estrépito de cacharros, mucho sorrosocar los tizones del hogar y mucho entrar y salir de la cocina sin hacer oficio de provecho.

El tío Gorio, como no está del todo solo no se asusta, y su prurito irresistible de mostrarse cariñoso le hace decir:

-Vamos a menos, parienta, que no hay nengún motivo para desazonarse asina. ¡Mia que hijos nos ha dao Dios! ¡Mia qué dos mozos, mujer! Si hay otros dos más plantaos en el lugar, que salgan, ¡mecachi en sanes! Esto quita las penas; y eso que ni quio decir na de ti, de si tú eres asín o eres asao, que me paece que a trabajadora y a aseá y a vividora y a conocimiento, no quiero yo que haiga quien te eche la pata encima en tos estos contornos...

-Pero ¿sos paece qué tío este? ¡Malos moros me cautiven si vuelves a entrar en casa desde el punto y hora en que toquen a las oraciones, resinvergüenza! Acuérdate de lo que te digo esta noche y ya estás zutando a la cama, que te aseguro y te prometo que esta noche no te da acedía con la cena.

El tío Gorio, después de oír otra docena de improperios, acaba por irse a la cama, sin preguntarle siquiera a los mozos «si están ya apajás las vacas, y si tienen ensobeao el carro pa mañana, y goberná la coyunda vieja, y bien aguzaos los destraes, que hay que dir a la desá a esmochar unas encinas».

En la cocina se quedan como sordos, cuando el tío Gorio se va a la cama.

-Echai sopa -dice la madre a los mozos.

Ella, entre tanto, da la última vuelta a la humeante puchera de garbanzos, berza y fréjoles y prepara la mesa, que es el naso del pan.

Y mientras cenan, como recordando la escena pasada y sintiendo el gran vacío que la ausencia del tío Gorio ha producido entre ellos, dice a los humildes mozos:

-Velay, no tiene más que esa miaja de falta, y hay que tapársela, que él bien bueno y bien vividor que es; y pa vusotros es un padrazo, que no sabe negaros ningún gusto...

Majadablanca

El tío Pelao nos estropeó la vida: nos interrumpió la dulce siesta espiritual que dormíamos en el regazo blando y tranquilo del mundo honrado...

El maestro de escuela, el cura y yo vivíamos en Majadablanca como tres príncipes, como tres príncipes de Majadablanca, por supuesto. El lugarejo era chico y estaba escondido; por eso era nuestro; nuestro en el sentido amoroso de la palabra, por dominio natural de buena casta porque era hijo de nuestra mayor cultura, puesta con nobleza de oro al servicio del mayor bien de las gentes del lugar. Tenían estas sus roñas y sus miserias, pero eran pocas y no de las de la medula. En fin, que Majadablanca era de lo mejorcito que quedaba en este mundo, porque el mundo no la había visto.

Pero al tío Pelao, que era el tío más holgazán y más malignamente

curioso del pueblo, se le metió en la cabeza que un muchacho de ocho años que tenía saliera a probar del mundo, y para ello se lo llevó a la ciudad y se lo dio a un albañil. Se lo dio, así como suena; porque en el fondo lo que el tío Pelao quería era echarlo de casa, y aunque nadie le quedaba más que el chico, que vendría a costarle, a todo tirar, doscientos reales al año, mejor estaba sin él, porque a la holgazanería y al hambre les place mucho la soledad.

Se fue el muchacho, y nosotros tuvimos que resignarnos a que el padre no se fuese detrás de él. Por supuesto, lo teníamos a raya, porque la gente era nuestra, y el tío Pelao no tenía agallas para desmandarse solo, y menos desde que le hicimos trizas un proyecto de soez concubinato con una infeliz mendiga medio ciega y medio imbécil.

El Pelinos, como llamaban en el lugar al hijo del tío Pelao, estuvo por allá cinco o seis años, y cuando ya nadie se acordaba del santo de su nombre, se presentó un día en la aldea, hecho un grosero guiñapo, sin oficio, sin pan y sin vergüenza. Lo encontramos en nuestro habitual paseo vespertino por el camino más ancho del pueblo. Me costó trabajo conocerlo. Había crecido mucho, venía flaco, venía amarillo, venía insolente, venía perdido. Al llegar junto a nosotros fumando un cigarrillo maloliente, nos miró un momento con osadía, con impertinencia, y pasó sin saludar, como diciendo que buena cosa le importaríamos nosotros a él.

-¿Quién es ese? -preguntó en seguida el cura.

-¿Ese? -contestó el maestro-; pues ese es el hijo del tío Pelao, como si dijéramos: el demonio, que viene a darnos que hacer.

El mozalbete, en efecto, era un caso de estupenda perdición. En pocos días dio algo de todo: baile y cante de tangos desbaratados en la taberna, a cambio de unos sorbos de aguardiente que le daban cuatro viejos socarrones; raterías descaradas en huertos y gallineros; lenguaje perversamente achulado, bárbara jerga de los últimos períodos de la chulería degenerada, que no ha degenerado, ¡ay!, para morir, sino para acabar de atormentar el buen gusto de las personas decentes; blasfemias en plena calle, y mayores si pasaba cerca el cura... En fin, el mozuelo era un caso patológico, un precoz alcoholizado, dañino, un impulsivo, un frenético... El cura estaba inconsolable y aterrado; el pedagogo estaba furioso, y yo llegué a acariciar el loco proyecto de pegarle al podrido adolescente una paliza brutal en la soledad del campo. ¡Nos contaban unas cosas!...

Una tarde de julio, cuando yo andaba engolfado en los trajines de la siega, pasé junto a una gran charca de las cercanías del pueblo, y mi caballo quiso ir a beber en ella. Y mientras él embaulaba desde una orilla cántaros de agua caliente, verdosa y fétida, observé lo que en la orilla opuesta ocurría.

Ocho o diez chicos, sin escrúpulos de higiene, se bañaban, bajo el sol achicharrante, en las cenagosas aguas de la laguna y se divertían arrojándose unos a otros puñados de fango y limos que se adherían a la piel cobriza y reluciente de aquellos huesosos cuerpecillos escaldados. En el grupo de combatientes había uno que ya pasaba de niño. La distancia y la desnudez no me dejaron por el momento reconocer a Pelinos en aquel sátiro anguloso, con miembros de adolescente enflaquecido por las miserias más horribles de la carne y del espíritu; de acentuada inclinación dorsal

hacia adelante, iniciada ya en las ingles, brazos larguísimos y flacos; blandos meneos de mico...

Uno de los rapaces, en el calor de las refriega, levantó demasiado la puntería y le puso a Pelinos entre los labios una bola de fango pegajoso. El agredido lo escupió con bascas de perro hidrófobo y envuelto en una blasfemia tan espantosa, tan criminal y tan bárbara, que todos los combatientes se quedaron aterrados, inmóviles, en las diversas actitudes semitrágicas en que el grito horripilante les hirió en el oído y en el alma. Y aún le dijo al inocente agresor con voz de saña asquerosa:

-¡Oye, tú voceras! ¡A ti te...!

Y yo, que todo lo oí, en vista de que no es lícito reventar a un innoble bicho humano bajo las patas de un caballo, que es un animal muy noble, lancé al mío por la senda polvorosa que conducía a los trigales en siega, sin volver atrás los ojos, por no ver otra vez al desdichado canallita.

Pues no pasó una semana, ¡y otra vez se me puso delante el mozalbete! Era ya una obsesión que estaba haciéndome daño.

Fue una mañana a la salida del sol. Yo había pasado la noche -una noche hermosa y cálida, de espléndida luna llena- en la orilla de la sierra, esperando el paso de una pareja de jabalíes, que se daba grandes festines de trigo en las hacinas.

Iba a salir el sol. Yo caminaba distraído, ya cerca del lugar, y al cruzar una calleja bordeada de zarzales y saúcos el caballo se espantó, dio un respingo de costado, y estuvo a punto de rodar por el suelo pedregoso.

Una mozuela rechoncha, colorada, sanota, flor de aldea, mal peinada, mal vestida y descalza, venía huyendo, iracunda y jadeante, como loba herida, con un pedrusco en la mano, mirando hacia atrás y apostrofando con rabia. Al verme cerca cobró ánimos, suspendió la huida y, parada en firme, redobló las invectivas. El sátiro se replegó contrariado. ¡Era Pefinos! No tuvo ni el pudor de sorprenderse. Miró a la moza con ira y a mí con odio. La muchacha lo miraba desde las cumbres de la cólera triunfante...

Yo tenía el alma cargada todavía de purezas exquisitas destiladas en el seno de una noche de silencio que habló cosas divinas con la sierra; una noche grande, de grandeza religiosa, que cayó sobre mi alma como bálsamo; una noche dulcemente dolorosa, de las que invitan al llanto, pero a un llanto, placentero, raudal suelto de todas juntas las ternuras de la vida sentimental, las que solamente salen de las entrañas del alma cuando saben que está sola y abierta por todas partes a las hondas confidencias eternamente secretas de la soledad augusta, que es honrada porque es muda, y del dulce silencio de los campos, que es discreto porque se deja oír pocas veces. Una noche de aquellas que regeneran, que levantan el corazón por encima de la vida de los hombres...

Y entonces fue cuando tuve que ver a Pelinos, la criatura bestializada, cuya visión yo creí que me haría descender a grandes tumbos de las cumbres aquellas del mundo espiritual y caer otra vez en la vida panza abajo y ridículamente espatarrado apernear en el charco con risible gentileza de gusarapo engreído...

Pues no hubo tal. Lo que sentí fue una lástima muy noble, una piedad dolorosa del mozuelo, un deseo infinito de regenerar y perdonar, como si

yo fuese Dios.

Y el sátiro, enconado, mientras yo pensaba tal, inició la huida; pero antes miró a la zafia Susana con ojos de sangre y le enseñó una navaja muy larga, que blandió en forma de amago; y a mí me enseñó otra cosa: me enseñó burlescamente la lengua, y con cínico ensañamiento me hizo con la mano un gesto gráfico, injurioso y groserísimo, y a trote largo de lobo flaco se hundió en seguida en la red laberíntica de las callejas sombrías de los huertos.

-¡Estamos frescos! -dije a mis amigos aquella tarde en el paseo, hablándoles del suceso.

-¡Lucidos estamos! -murmuró muy preocupado el maestro.

-¡Estamos perdidos! -exclamaba el pobre cura, llevándose las manos a la cabeza.

-Pues ahí tenemos al héroe -añadí yo, señalando un grupo de chicos que veinte pasos a la derecha del camino rodeaban y escuchaban en pie y atentamente a Pelinos, que les hablaba sentado en el suelo y fumando un cigarrillo.

Había puesto allí la cátedra.

Los escolares nos vieron pronto, y al pasar ya frente a ellos se inició en todos un movimiento de duda. Nosotros, que íbamos muy calladitos, oímos que Pelinos le dijo muy despacio al más pequeño:

-¡Anda tú, beatiyo! Anda, mandria, a besarle a aquel tío la mano, y le dices de mi parte que él a mí...

El cura se santiguó horrorizado. El grupo de los muchachos se abrió como una granada, pero ninguno tuvo el valor de arrostrar la chacota de Pelinos, y se quedaron por allí como distraídos, rompiendo el césped con los tacones de los zapatos o dando suaves golpecitos con un canto en la pared...

Y entonces el maestro, que era un hombre recio, autoritario y de genio arisco, se fue en derechura a ellos bufando como un gato rencoroso; y sin previas explicaciones, rompió en una cachetina escandalosa, equitativamente repartida entre los pequeños renegados, que aguantaron la lluvia de pescozones con mal disimulados gestos de vergonzosas protestas, verdaderos asomos de rebeldía no observados por el iracundo pedagogo, que no estaba para observar menudencias. Pelinos no se dejó echar el guante. Miró al maestro como miran los lobos a los mastines, y apreciando con instinto irracional su inferioridad de fuerzas, huyó vergonzosamente a media carrera, de mala gana, como guarduño que se deja atrás la presa...

Reunidos al día siguiente nosotros en casa del cura llamamos al tío Pelao, que, resumiendo su perorata defensiva, llegó a decirnos así:

-Y de toos mos y maneras, esas son delicaezas de ustés, y la mocedá es mocedá, y hay que ejal que ca uno jaga lo que mejol le paeza, que los tiempos son ya mu otros, y usté en la iglesia, y usté en la escuela, y yo en mi casa, y ca uno en la suya y Dios en la de toos, y punto concluido. ¿No verdá?

Nos quedamos como mármoles.

Acudimos en queja al alcalde, el cual nos dijo, sin menear las orejas:

-Si ustés hubiesen cogío al mozo en fragante, cogiendo algo de cualisquiá hereá, santo y güeno para jechali la ley encima; pero onái no

hay delito no pue habel castigo, y hoy en día no se pue jacel na sin ley porque ca uno es ca uno, y la genti ya no inora na, y es menos aguantá ca ves, y a naide le gusta que naide se meta en ca naide, y a na que te escudies pa castigal, ya te están tirando por alto, u diciéndote en tus jocicos que si tal que si cual, y que si crúo o que si cocío, y que si pitos u que si frautas. ¿Están ustés?...

¡Ya lo creo que estuvimos! Estuvimos a punto de estrangular a la primera autoridad civil de nuestro pueblo; mejor dicho, del pueblo de Pelinos, porque suyo sería pronto, al paso que iba.

Las noches de taberna, muertas antes, eran abiertamente ruidosas y alegres, porque los tíos que tomaron aquello primeramente como sesiones de títeres en que Pelinos era el héroe, se aficionaron con grosería a las veladas regadas con vino agrio y encendidas por la pimienta de chascarrillos soeces de última fila, reídos por bocazas puercas y por barrigas repletas de guisotes picantes de carne de cabras tísicas.

Cerca de Majadablanca, por entonces, pasó el PROGRESO volando, y con las puntas de sus alas trazó en los campos dos vías un tren y una carretera. Un comisionado de apremios, más filósofo y sociólogo que los tíos, predicóles de ateísmo y de anarquía, de libertad y de sagrados derechos, de frailes y de monjas, todo junto. No le entendieron bien todo, entre otras razones, porque el otro tampoco lo entendía; pero es lo cierto que se los llevó de calle. De paso dejó establecida la institución del cané, que creció como la espuma.

Lo demás lo hizo el demonio.

Hoy, Majadablanca es esto:

Un cura que dice misa para diez o doce mujeres y para cuatro o seis hombres.

Un maestro jubilado, que vive tomando el sol en el corral de su casa.

Otro maestro muy joven, que enseña todo lo que hay que saber, menos los diez mandamientos.

Cinco vecinos que viven, como Dios les da a entender.

Noventa y tantos ciudadanos libres que piensan como escuerzos y blasfeman como demonios.

Otras tantas arpías desgreñadas que beben aguardiente y hablan como carreteros.

Y los ciento y pocos más vecinos del lugar defendiendo a tiro limpio los repollos de berzas de sus respectivos huertos.

El tío Pelao nos interrumpió la siesta, nos estropeó la vida...

Pelinos nos ha vencido.

Disparate

La vaca, que estaba echada dio un inmenso resoplido quejumbroso, y el chotillo nació sobre la escarcha del valle. Eran las cinco de una mañana de enero crudo; una mañana cruel para los hombres, para los brutos, para los árboles... Todo mudo, todo helado, todo blanco. Se condensaba el aliento; el ambiente hería la piel.

La vaca se levantó de repente y olfateó con avidez el informe

saquillo membranoso que yacía inmóvil sobre la sábana de hielo. Lamió, lamió con codicia, con prisa, con ahínco, con ansia de calentura. Se estremecía, y no de frío, y con los ojos muy abiertos, relucientes, codiciosos, seguía lamiendo, lamiendo, prestando con el cálido aliento que salía como dos columnas de humo por las narices húmedas y dilatadas, calor suave, calor de madre, calor de fiebre creadora, calor de vida.

Y delante de la tibia lengua áspera, cual si esta fuera cincel de artista sublime, fue surgiendo, fue surgiendo poco a poco la bellísima cabeza de un becerrillo tembloroso, húmedo y bello, no de bronce, no de mármol, como obra fría del arte, sino de carne palpitante, de sangre caliente, un pedazo de naturaleza viva para moverse en el mundo y alegrarlo...

Y surgió el animalito enteramente a la vida, limpio, precioso, echado sobre la helada como estatuilla de oro sobre mármol, despertando en mi memoria varias remembranzas bíblicas de los tiempos de las locas idolatrías...

Me acerqué sugestionado. Viome la vaca, y ante el supuesto peligro, se encampanó embravecida. Tembló, gimió sordamente, clavó los ojos de acero en su ídolo, después en mí, luego otra vez en el choto. Inició la acometida, y se detuvo, mirándole nuevamente. Me hizo, sin palabras, la más acabada historia del rencor en la impotencia. Yo era su odio, que la llamaba provocativo; el hijuelo era su amor, que la estaba deteniendo. No podía dejar al hijo; por eso no me mataba. Y me enseñaba la muerte en las puntas agudísimas de sus astas de marfil con vetas negras de bruñido azabache reluciente. Pero yo estaba tranquilo. Por entonces yo sabía que el amor siempre es más fuerte que el odio.

Me acerqué más a la bestia enamorada, y vi en sus ojos la calentura magnífica de la triunfante maternidad.

El becerrillo se incorporó trabajosamente. Quería calor, quería vida, quería mamar leche tibia. Anduvo dos o tres pasos, vacilante, como un ebrio, y cayó al cabo. Tornó a levantarse, volvió a caer y otra vez se levantó. La madre, a cada caída, se precipitaba sobre él, lo alentaba, lo lamía, me miraba. Y, al cabo, el recién nacido, tembloroso, haciendo equilibrios de borracho, se sostuvo apoyándose en el vientre de la madre. Y alzando la preciosa cabecita, buscó la ubre con el húmedo hociquillo charolado. No podía dar con ella; la buscaba entre las manos de la madre, y apoyado siempre en esta siguió andando alrededor y dio, por fin, con la no aprendida fuente. La vaca, abriendo los pies traseros, se la entregó toda entera, blanca y rosada, inmensa, henchida, pletórica... Y colgado de un pezón el becerrillo, dio tres golpes con el testuz a la ubre y se quedó luego inmóvil, como dormido, recibiendo con deleite el oculto chorro lácteo, caliente y rico, que poco a poco iba haciendo dilatarse los ijares, antes hundidos, del glotoncillo inconsciente...

Sentí ruido hacia el camino. Pasaban dos mujerucas arrebuajadas en mantas viejas y montadas en dos borricos que iban pisando tímidamente el sendero, empanderado por la helada. Las conocí; eran de la aldea. Una de ellas llevaba algo escondido bajo la manta.

-¿Dónde vais a estas horas y con este frío que hace? -las pregunté sin acercarme al camino.

-A lleval esti contrabando a la ciudá, seol -dijeron-; es lo de esa

perdía de Luteria, que ha despachao esta mesma noche y mos lo han dao pa llevalo ondi ya tienen quizá otros dos. Y cuidaíto si con esti frío que jaci no casca antis de llegal allá el infeliz.

Y sonó un llanto muy débil, que parecía lejano, de sonsonete uniforme, ronquito, con acento de fatiga...

Me quedé como atontado.

-Pero ¿y la... madre? -dije a voces a las tiucas, que se alejaban.

-Tan campanti, seol; tan campanti que se ha queao sin el engorro de este infeliz -me gritaron, ya desde lejos.

No supe dónde posar los ojos, y los volví de repente hacia la vaca. No estaba donde antes. Iba muy lejos, internándose de prisa en la espesura del monte y mirando al hijo, que trotaba junto a ella contento, triscador, con el estómago lleno, ¡y sin frío!, ¡sin pizca de frío!...

Y entonces fue cuando yo puse en boca del niño que iba llorando este magnífico disparate:

-¡Ay, ay! ¡Quién fuera choto!... ¡Quién fuera choto!

El vaquerillo

¡Je, je! -gritaba el mozuelo entre silbidos prolongados y agudísimos-. ¡Juera, vaca, juera! ¡Chula! ¡Chula! ¡Al alma que sos crió, jolgacianas del congrio! ¡Chota! ¡Chota! ¡Coronela! ¡Bragaina! ¡Se ponin bobas, recongrio!

Y el ganado descendía con lentitud perezosa por la cuesta del calcinado encinar, que dormía silencioso en las márgenes del río; un río de aguas calientes y mansas, que también parecían medio dormidas.

La tierra entera callaba bajo el peso de aquella siesta de plomo, y los cielos, infinitos y magníficos, inundados de radiosas vibraciones de ardiente luz meridiana, blanqueaban como plata derretida.

Fueron llegando las vacas a las orillas del río y en él se atracaron de agua tibia; hasta que la piel de los ijares, distendida, se les puso como el parche de un tambor. Algunas entraron en el remanso y allí quedaron paradas, inmóviles, como ídolos de granito, derramando por los tibios bezos flácidos el agua sobrante, que caía en hilillos transparentes sobre la tersa superficie del remanso. Las demás, con paso suave, de lentitudes armónicas y solemnes, se fueron retirando de las orillas del río; y despacio, muy despacio, como arrastrando con tranquila fortaleza la pesadez angustiosa de la hartura, fueron a echarse a la caldeada sombra de las próximas encinas, a rumiar y a dormir.

Y entonces llegó el vaquero.

Era un zagalón talludo y fuerte, un adolescente de color aceitunado y pupilas de carbón, vestido con un traje cuyas prendas, con su desigual estado de conservación y sus graciosas desproporciones de tamaño y aun de forma, denunciaban cien domésticos apuros económicos, salvados con largas intermitencias de muy varia duración: bombachos de paño muy remedados, y excesivamente cortos; unos zapatones cuadrados, enteramente nuevos, inmensos a lo largo, a lo ancho y a lo grueso; medias de lana, que eran pardas hasta la mitad de la pantorrilla y más pardas de allí para arriba, hasta cerca de la rodilla, por debajo de la cual estaban sujetas con

cintajos retorcidos; zahones de cuero con agujeros y cuchilladas; un chaleco viejo, sin botones, encima de una blusilla nueva de tela azul, con las mangas estrechísimas y cortas y un sombrero de alas anchas, de elegante forma, que había sido, en otro tiempo, de un señorito, probablemente del amo del vaquerillo.

El muchacho llegó a la orilla del río, se puso de un brinco sobre una peña y se quedó mirando, tal vez sin verla, la corriente de las aguas sosegadas, extático, como dominado por un inconsciente estrabismo inevitable, quieto y sin pestañear. Luego, como saliendo de un sueño, sacudió ligeramente la cabeza, miró las vacas, miró al sol, miró de nuevo las aguas, y se quedó pensativo, dando suaves golpecitos en la peña con la punta del garrote que llevaba. De pronto tiró el garrote, tendió por las cercanías una mirada de precaución pudorosa y comenzó a desnudarse. Le pedía el cuerpo baño, frescura, deleite, sensaciones fuertes que le sacaran de cierto estado de misterioso desasosiego que padecía. Todas las cosas del mundo le parecían desabridas menos aquella en que andaban enredados sus pensares. Sentía calor en las entrañas, que se le ponían muy tristes, y a veces se le oprimían hasta causarle dolor; tenía pena, la pena inquieta que infunden las ardientes ansiedades no satisfechas; sentía zozobras y temblores de la carne, y mucho miedo también, el miedo mezclado de forzada valentía con que se acerca el soñado misterio apetecido, el que quiere descorrer el velo que se le oculta...

La absoluta soledad en que vivía le había enseñado muy poco. No tuvo jamás amigos que le iniciaran en los grandes misterios del placer, que él había ya presentido, y hasta concretado un poco, gracias a las enseñanzas de aquella vigorosa y fecunda Naturaleza que le rodeaba y de la cual venía él a ser un discípulo rezagado, más rezagado que aquellos peces del río y aquellos mirlos del tamujal, y aquellos chotos traviosos, bárbaros en sus retozos, y aquellos carneruelos que perseguían a las ovejas con el pescuezo extendido, entre ronquidos nasales y temblores de la piel...

Acabó de desnudarse. Una ráfaga levísima de aire oreó su tostado cuerpo. Y se sintió más flexible, más elástico, más inquieto y más lleno de aquel triste desasosiego punzante que le estaba atormentando. En pie sobre la redonda peña, granítico pedestal de aquella estatua de carne, que parecía un bronce vivo, permaneció unos momentos cruzado de brazos, errabunda la mirada... Parecía una estatua de la Indecisión en el momento supremo de la duda.

Luego, como el que busca una cosa que le arranque del cerebro alguna idea, miró el agua. La sensación del baño, presentida por la carne, le estremeció de pies a cabeza, y tendiendo los brazos como un pájaro las alas, se arrojó de repente en el remanso, que le recogió en su seno, rompiéndose con el estrépito en un círculo de estrías de cristal con remates de menudísimas gotas irisadas.

Allá, en el centro del río, surgió momentos después el busto del vigoroso adolescente, que sacudió la mojada cabellera con el brío de un cachorro de león, y tendiéndose después con gallardía, hendió la mansa corriente, río arriba, provocando el movimiento de las aguas, que azotaban sus omóplatos bronceos y su dorso de flexible serpentuela... Por un momento llegó a embriagarle el deleite, tendiéndose de espaldas sobre la haz de las aguas, y dejóse llevar, por la corriente, como una estatua

flotante, con los ojos entornados por una voluptuosa pasividad indolente que reavivó en su memoria el picante recuerdo de que huía...

Y otra vez se vio obligado a sacudir la morena cabezota y a lanzarse al movimiento, al azote aturdidor de las aguas agitadas, a las bruscas sensaciones de tales inmersiones repentinas... Nadó con vigor, con ira, por espacio de un rato, hasta sentir en la carne la laxitud de la fatiga. Entonces aproximóse a la orilla del río, y poniéndose en pie, salió de él a toda carrera, alborotando las aguas, que ponían gran resistencia a su escape. Con la rota camisucha se enjugó los ojos y la recia cabellera, vistióse las miserables ropillas y se sentó a la sombra de una encina: ya era hora de descansar.

En una cuenca de corcho, enteriza, como que había sido caperuza de una verruga de alcornoque, machacó con la punta del mango de la cuchara, que para eso era cilíndrico, un poco de sal, unas hojas de poleo que trascendían a humedades de regato, un trocito de miga de pan, un ajo y la mitad de una guindilla de pepitas amarillentas y cascarilla granate. Sobre la pasta echó aceite y vinagre de dos cuernos de res, atados con una tira de cuero, agitó con la cuchara la mezcla, fuese al río y volvió con el cazo lleno hasta los bordes de moje de gazpacho, en cuya superficie flotaban los dorados reflejos del aceite, los verdines del poleo, el ligero tinte del vinagrillo y las pepitas de la menuda guindilla. Bebió el muchacho un buen trago, y cuando ya no era fácil que el líquido rebosara, lo fue cubriendo con pedacitos de pan arrancados a pellizcos. Comió, bebió: bebió todo aquel océano de líquido refrescante, y después de fregar con arena y agua del río la primitiva vajilla, tendióse a la sombra, boca abajo, con la frente apoyada sobre el dorso de la mano, dispuesto a dormir la siesta.

¡Sí, dormir! Eso hubiera deseado el vaquerillo moreno de pupilas de carbón y cabeza de cachorro. Pero el dulce bienestar que le infundieron el baño y el gazpacho le llenó otra vez el cerebro de tentadoras ideas, y la carne, agradecida, palpitó de insanos impulsos, enemigos mortales en el total aislamiento del solitario varón que se sentía pletórico de energías naturales.

Al cabo, después de un rato de lucha, descendió sobre sus párpados el sueño: un sueño ligero y artificial, aborto de la porfía; un sueño somero y fatigador con inquietudes de fiebre, con vislumbres de vigilia... Dio el mozo un vuelco y se quedó boca arriba, los brazos abiertos, cruzadas las piernas, ladeada la cabeza... Por breve rato su respiración fue tranquila y algo cansada, como viento lejano quejumbroso de la borrasca que amaina. Hasta llegó a sonreír enseñando unos dientes de chacal, en cuya tersura nívea, de reflejos nacarinos, se espejeaban objetos en preciosas miniaturas.

De pronto se estremeció, plegó el entrecejo, puso cara de dolor y despertó, retorciéndose como una culebra perezosa; y por remate de aquel desperezo dio dos vuelcos repentinos, rodando sobre el césped raído y abrasado. Y abriendo los ojos húmedos, empañados de calentura amorosa, clavó en los cielos radiantes la mirada melancólica y sumisa del erotismo enfrenado.

Entonces fue cuando pasó por allí la porquera, una mozona desgarrada y bestial, ya entrada en años, con una cara en que estaba pintado el

idiotismo concupiscente, procaz y osado, y unos ojos que miraban de través, con grosera expresión de imbecilidad picaresca, que indignaba por sañuda, por egoísta, por fea.

-¿Qué jadis? -le dijo al mozo al pasar.

-¡Na! -le contestó el muchacho.

La moza echó a andar hacia el tamujal del río, que estaba a cuarenta pasos de ellos; pero antes hízole al chico un guiño grosero y le dijo con voz asperota y trémula:

-Chacho, p'aquí sí que está bien, pa entri las tamujas, que no hay naide...

El vaquerillo entendió. Tenía miedo, le dolía el corazón y se aturdí. Pero de repente, debió de acordarse de alguien; no sé de quién, pero él debió de acordarse de alguien a quien creyó estar haciendo mucho daño con todas aquellas cosas. No le quedaba en el mundo mas que su madre, la viejecita que le lavaba y le remendaba la ropa, y hacia la cual sentía él el apego irresistible del recental a la oveja; una querencia que tenía todas las energías del instinto y, además, todas las mudas ternuras que cabían en un alma sensible y desnuda de todo amor que no fuera aquel amor...

El muchacho pareció recibir una inspiración repentina; abrió mucho los ojos, que miraban sin ver nada; entreabrió también la boca y se quedó inmóvil, como cuando el alma escucha; como cuando escucha el alma el himno grave y sereno del bien, que es su mejor melodía... Y el alma del hurraño zagalón, tosco y rudo, que no había entrevisto el bien más que a través del instinto, de repente lo intuyó. ¡La batalla estaba ganada!...

El mozo puso los ojos en la frescura tentadora de los fresnos, las mimbreras y las tamujas del río, y de las pupilas negras se le escapó una mirada de magnífica soberbia, sublime hasta en su insolencia y al par triunfadora y noble, como canto glorioso de victoria. Y le dijo al laberinto de la fronda que le ofrecía oculto nido de placer:

-¡No quiero, recongrío, no quiero! Lo bien jecho, bien paeci...

Se levantó y echó a andar hacia las vacas; iba sereno, alegre, radiante y un poco altivo. Al llegar junto al ganado, que aún dormitaba perezoso, dio dos silbidos agudísimos y voceó:

-¡Chula!, ¡Chula! ¡Mariposa!, ¡Coronela! ¡Bragaña!... ¡Arriba toas, a buscarsi la gandalla! ¡Jala, jala que la genti pará cría malos pensamientos!...

El sentido de la Fe y del Arte, que son hermanos, oyeron rumor de alas invisibles y le dijeron a mi alma:

-Es el Ángel de la Guarda del muchacho, que se estremece de gozo. Y yo lo creí.

Porque sé que también los vaquerillos montaraces tienen su Ángel de la Guarda...

El «tío tachuela»

Nunca tuvo la tradición defensor más decidido en Villarino que el tío Tachuela. Todo proyecto de cosas nuevas le encontraba atravesado en el camino.

«Señorito de pan plingao» llamó un día en sus propios hocicos al alcalde, porque osó proponer la instalación de un reloj en el campanario.

-¡Ni reloces y relozas!, ¿oye usté? Endí que yo soy yo, pa na lo he necesitao. El clarear del día me ha jechao siempre de la jerga pa dil a mi trabajo; el papo me avisa luego cuando llega la meyudía, y la noche me ha jechao siempre pa casa. Los reloces más seguros mos los ha dao Dios de balde, ¿oye usté? Los que se jacin con ruelas no son más que sacacuartos.

Así argumentó el tío Tachuela en la sesión y, como siempre, triunfó. Su dialéctica era aplastadora para los de Villarino, naturalmente propensos a dejarse llevar corriente abajo por el río de las rutinas.

A Villarino fue un mediquín con la maleta atestada de proyectos de buena higiene, y pidiendo -a los ocho días de establecido en la aldea- en un informe de cuatro pliegos, llenos de citas de médicos alemanes, que a voz de pregonero fuese prohibida la cría de cerdos (dicho sea sin pedir perdón a nadie) en las casas del lugar. El tío Tachuela oyó sin pestañear la lectura del informe y en seguida lo hundió de un solo golpe en la maleta del médico, con esta frase que agarró como una tachuela en los cerebros de los oyentes:

-Pues de mi sentil, don Ludivino, ¡es mejol morirse de toas esas cosas que usté dici que de jambri!

El mediquillo, mal herido, se replegó hacia terrenos algo menos radicales, y propuso, a vuelta de otro discurso sobre las fiebres palúdicas, la limpieza de establos y cuadras y la prohibición de llenar de hojas de roble los charcos de las calles, para evitar que aquellas miasmas pútricos..., etc., etc.

Y el tío Tachuela arguyó:

-Miré usté, don Ludivino: si no jacemos vicio en toos los laos que poamos, cuantis cogemos trigo pa casa y pa la simiente, pero no pa tapar otros bujeros, pongo por caso, pa pagali a usté la iguala. De moo y manera, que usté determinará lo que parezca, don Ludivino.

A don Ludivino le hizo cosquillas el socarrón argumento, y contestó con dignidad, casi con altanería:

-Tío Tachuela: como quiera que ello sea, en opinión de toda persona digna y culta, salus populi..., ya usted me entiende.

-Pues no, eso sí que no entiendo...

-Quiero decir, en sustancia, que lo primero es la salud, tío Tachuela.

-Es la verdá pura: la salú es cosa mu buena; pero yo he aprendío ese mesmo refrán entavía más rematao, don Ludivino: «salú y pesetas, salú completa.»

Y los establos y las cuadras se salvaron por entonces de la proyectada ronda, y en los charcos de la calle de Villarino continuaron fermentando las hojas secas de roble.

A dos kilómetros del lugar, unos señores ingenieros trazaron una vía férrea, sin pedir su opinión al tío Tachuela. Su compadre, Quico el Pegoso, le interrogó:

-Di, compadri: ¿pa qué dirás que andan midiendo esos señoratos la laera de la Cogornís?

-Pa dal fielis a la gente -le contestó secamente el tío Tachuela, presintiendo la próxima desazón.

Y ¡zas!, ni hecho de propósito: la viñita del tío Tachuela ¡partida en dos por la vía! Le cayó la noticia como una bomba, pero la aguantó a pie firme, sin chillar, sin bufar, sin gemir. Se sintió impotente para vencer en la lucha, se replegó iracundo y mudo, como todo desengañado que ha comprendido lo desigual del combate a que le provocan y no lo quiere aceptar.

Un día le llevaron a su casa treinta duros, precio de la expropiación. No los cogió, no los miró. Y su mujer le decía para consolarlo un poco:

-Mira, mira Tanislao: de toos moos y maneras, cuasi nunca los que roban güelvin na de lo que roban, y estos han tenío siquiera esta miaja miramiento. Ni too recogío, ni too vertío, Tanislao.

-Güeno, pues pa ti; pa que lo gastes en alfileris, y cuando no haiga vinagre, se los jechas al gaspacho.

-Pa viangre dos cachujos te han dejao, pero te se ha metío en la sesera no dir a arreglalos algo y asín es como no mos darán gota, Tanislao.

-Tío Tachuela -decía uno-: ¿cómo no va usté a poal las parras que le han queao en la laera la Cogornís? Se están pusiendo perdías de basura.

-¿Pues quedrás creer que entavía no me ha vagao dil hogaño? Pero habrá que dil.

-Tío Tachuela: jágale usté unas traviesas a aquellos cachos de viña, que se le están esmoronando ca instante con las aguas -decía otro amigo oficioso.

Y el tío Tachuela, que no quería nunca dar su brazo a torcer, contestaba disimulando:

-¡Calla, hombri, si estoy cocío en obra hogaño!, pero nemás que me puea desenreal del vicio de los olivos, tengo pensao dil p'allá, que estará aquello perdío.

Y no acababa de ir. Su mujer sí que fue allá con un par de jornaleros, que en un día dejaron aquello como una taza de plata.

-Ya pues dil, ya pues dil a vel aquello, Tanislao, que se ha queao como un tiesto de albehaca. Y mira, entavía mos han quedao dos cachinos bien rigulares pa lo que decía la genti.

Pasó más tiempo. El rencor del tío Tachuela iba ya muy apagado. Ya andaba el hombre con el ala del sombrero levantada. Sabía que circulaba ya el tren y que pasaba por la ladera de la Codorniz diariamente a las cinco de la mañana y a la misma hora de la tarde. Y para no ver por allí al enemigo, se fue una mañana a las ocho a ver su finca, con ánimo de regresar al mediodía a Villarino, antes que el tren de la tarde le sorprendiera en la viña.

¡El tren! ¿Y cómo sería el tren? Cien veces oyó hablar de él en el pueblo, donde tampoco lo habían conocido hasta aquella época; pero a él, cuando le hablaban del tren, se le oscurecía el cerebro de manera que jamás pudo entender lo que escuchaba.

-Ello será alguna estucia del Gobierno -iba pensando-, que, como malo, es bien malo; pero tamién jaci obras del demonio. Y si no, no hay más que vel un puenti que anda ficiendo p'ahí abajo, no sé donde, que dicin que abril ojos y miral.

El tío Tachuela llegó a la viña a las ocho y media. Era una mañana

espléndida.

-Por aquí se conoció que será por ondi roa esi demonio -dijo mirando con mucha atención los raíles de la solitaria vía-. Pues no; como corra como dicen, lo que es de aquí se escurrice, porque estos hierros no tienen asentaero bueno para aseguanza de las ruelas.

De repente, el tío Tachuela levantó la cabeza y se puso a escuchar, algo alarmado. Se oía un ruido lejano, continuo y sordo. No contaba el tío Tachuela con trenes extraordinarios; pero, sin embargo dijo:

-Eso tie que sel el tren. Y luego icían que no venía jasta las cinco u las seis. Eja que me suba en la paré, no sea cuento que me pesqui y me jaga una tortilla esi mal bicho.

Y subido en la tapia de la viña, siguió escuchando. El ruido continuaba simulando, sucesiva y lentamente, zumbar de viento en el bosque, fragor de trueno lejano, sorda amenaza de nube cargada de granizo destructor, redoble de mil tambores de guerra, rumor de río despeñado, y luego, rodar de hierro..., rodar de mucho hierro sobre más hierro..., y luego, estrépito de catástrofe que se echa encima de pronto..., y allá por la hendidura de la trinchera vecina, asomó una cosa inmensa y negra, como enorme cabezota de cetáceo, que venían resoplando, que echaba humo, que echaba chispas, que echaba ascuas...; y al salir de la trinchera dio un bufido de demonio, dos bufidos, tres bufidos y en seguida un silbido horripilante, dilacerante, de acento provocativo y audaz, como alarido salvaje de monstruo triunfador que viene pidiendo paso, pidiendo espacio...; y ante los ojos estáticos del tío de Villarino pasó el monstruo resonante, con el vientre sudoroso tendido sobre huesos y músculos de hierro resbalador, que arrastraban todo un mundo que corrió como visión de cinematógrafo por delante del labriego estupefacto: piñas de humanas cabezas, moles de negro carbón, montones inmensos de henchidos sacos de lona, más montones, todavía más montones..., y detrás, muchas cárceles de hierros, atestadas de pacíficos ganados, la piara baladora, la yeguada, los pastores... Y al tío Tachuela se le llenó el corazón de ternura mientras los veía pasar, porque eran cosas muy suyas, y las lágrimas le enturbiaron las pupilas... Y cuando todo aquel mundo estrepitoso y magnífico pasó, y en la próxima curva se iba hundiendo con marcha solemne y brava, el tío Tachuela sintió en toda su grandeza la maravilla de hierro que antes había maldecido, y la quiso saludar. Se atragantó. Buscó en vano las palabras, la fórmula vigorosa que pudiera descargarle de la emoción ahogadora del soberano espectáculo, y rompiendo por donde pudo, lleno de alientos el velludo pechazo generosote, miró hacia la curva próxima con ojos cargados de agua y gritó con infantil arrebató:

-¡¡¡Viva el tren!!!

Y acabó de desahogarse diciéndole al aire diáfano y a las brisas de las viñas:

-¡Que jechen un tren ca y cuando por ampié de la nuestra iglesia, que allí está mi cortinal pa jaceli mucho sitio!

Es un cuento

Lucio Castro, el poeta enamorado de las aguas, había dado la vuelta al mundo, cantándolas en estrofas resonantes y purísimas.

Era su patria una florida aldehuela ribereña, dulcemente ensordecida por un río caudaloso que bajaba iracundo y zumbador entre horrendos peñascales, destrozándose en desgarrones espumantes. Era su musa una virgen transparente, del coro de las ondinas con cabellera de algas, dientes perlinos y azulosas pupilas abismáticas.

En su alma, exquisita y clásica, como en gota de purísimo rocío, se espejaban los cuadros del mundo bello en divinas miniaturas...

Y eso hacía él cuando cantaba la bella Naturaleza: poéticas miniaturas delicadas, de finísimos contornos, de ternura irreprochable, de ritmo clásico; pero algo frías, hijas de un arte sin alma...

Mas cuando aquel hijo humano de las náyades, el eterno enamorado de la linfa, la cantaba soñolienta en el remanso, rezadora en la regadera del prado, besando flores o rugiente en la costa brava, abofeteando rocas, el alma idólatra del artista enamorado se erguía loca, se erguía bella, y acariciada unas veces por el beso de la ondina inspiradora y otras veces flagelada por un látigo de algas, se derramaba en estrofas como arrullos sedantes de arroyuelo rodador o estallaba en musicales hervideros espumosos de torbellinos oceánicos.

En el ritmo de sus cantatas había toda la gama de los ruidos de las aguas: suspiros y zumbidos, hervores y murmullos, chapoteos de oleaje sosegado y alaridos dilacerantes de borrascas, rumor suave de besos, agudo chascar de azotes... Y luego en tierno fondo de amor al ídolo por hermoso, por sonoro, por fecundo y alegrador, sí, porque alegraba las hieráticas quietudes del paisaje, le daba vida, le daba música grata... ¡Oh!, también era artista el ídolo.

En su heroica odisea por el mundo lo había cantado desde todas sus grandezas hasta todas sus dulzuras. Meciéndose sobre sus lomos rugosos como cresterías de espuma allá en los mares misteriosos del Oriente, le había rimado poemas de una grandeza soberanamente triste, que empapaba los espíritus en la visión de los piélagos inmensos y sombríos, hechos sin fin de unos cielos infinitos, eternamente teñidos de mansedumbre crepusculares...

¡Y qué religiosos himnos, llenos de grandeza bíblica, a lo largo de los ríos de la dulce Galilea! ¡Y cuán dulces endechas sobre el espejo azulino de los lagos de Córcega y Normandía!

¡Y qué divinas cantatas en los golfos poéticos de Grecia, bajo cuyas aguas clásicas todo un coro de Nereidas iba al costado de la nave venturosa del poeta, conjurando los peligros de las sirtes!...

Y ahora, dulcemente melancólico, y ya blanca su hermosísima cabeza, había tornado a la aldeíta natal, invadido de la nostalgia de aquel río de sus amores de niño, a cantar sobre sus aguas la postrera de sus canciones, la del cisne que se muere...

Todas las tardes, en minúscula barquilla, penetraba hasta el centro del gran río, donde las aguas turbulentas dejaban apenas ver el remate de un granítico peñasco, junto al cual espumaban jugadoras. Y arrojando, para amarrar la barquilla, un débil cable alrededor de la cabeza granítica del bloque, saltaba luego sobre ella, y sentado en aquel tronco de roca, hundía su mente en la suave contemplación abismática de los juegos de la

linfa.

Una tarde moribunda de septiembre, a la hora del crepúsculo, las lluvias que derramó una tormenta en regiones de donde el río procedía aumentaron de repente su caudal alborotado, que rompió la débil amarra y se llevó la barquilla. El poeta no vio aquello, ni advirtió que su atalaya musgosa iba a desaparecer en breve bajo las sábanas de espuma. Estaba absorto, cara al crepúsculo triste, escribiendo melancólicas estancias de una canción dolorida, inconsciente visión profética de una muerte ya cercana... Era un adiós a las aguas de su río, que iba a morir en los mares, en los infinitos mares, como su alma, la del artista, que también iba a caer en lo infinito...

Y así, cantando la postura de sus fogosas cantilenas al mismo amor, al mismo ídolo que le arrancó la primera siendo niño...; estático, cuando el suave arrobamiento del divino paladeo de la belleza tocó las lindes del vértigo, amplio sudario de aguas azules, con exquisitos encajes blancos de finísimas espumas, envolvió para siempre el cuerpo del viejo cisne... Y pasaron sobre el mundo muchos inviernos lluviosos...

El sol radiante de un mes de junio sorbió aguas, y al descender las del río hasta su ordinario límite..., ¡oh qué embeleso de los ojos de los hombres!, el diente granítico del risco, pulido y cincelado por el agua enamorada, era una divina estatua, la estatua del poeta, que seguía contemplando el suave paso de la linfa, su amante agradecida, que ahora le lamía los pies y orlaba de rubíes y brillantes sus clásicas vestiduras...

Poesías de juventud

¿Qué es una madre?

Mi madre me dio la vida:

mi madre arrulló mis sueños
cuando en mi infancia querida
soñaba el alma dormida
con horizontes risueños.

Alzóme su amor altares,
sembró mi vida de flores
y un templo fueron mis lares
al rumor de sus cantares
y al calor de sus amores.

¡Cómo poderlo olvidar
si ella me enseñó a marchar
por la senda del deber,
y ella me enseñó a rezar,
y ella me enseñó a creer!

¡Qué dulzura tan ardiente,
me daba su labio amante,
cuando besaba mi frente

con ese amor delirante
que sólo una madre siente!

Ella me supo infundir
esta santa fe crisitiana
que me ha ayudado a vivir,
y ha de ser quizá mañana
la que me enseñe a morir.

Sus labios me la enseñaron
y en mi mente la infundieron,
sus virtudes la cantaron,
sus ejemplos me la dieron,
sus besos me la grabaron.

¡Aunque sólo le debiera
esta fe que me infundió,
diérame mi vida entera,
y aun pagarle no pudiera
el tesoro que me dio!

¡Cuántas lágrimas me evita,
cuántos dolores me calma,
cuántos pesares me quita
la fe querida y bendita
que infundieran en mi alma!

Del mundo en el ancho mar
bogando tras el saber,
es muy fácil naufragar
y es muy difícil vencer
queriendo sin fe luchar;

Acaso tú no comprendas
lo que diciéndote estoy
de estas mis luchas tremendas...
Mas, si no lo entiendes hoy,
mañana quizá lo entiendas.

Siempre, siempre que he invocado
de esa fe la santa ayuda,
con más valor he luchado
y mi espíritu ha triunfado
en sus luchas con la duda.

¿Y a quién debo tal victoria
sino a mi madre querida,
que en el alma y la memoria
dejóme esta fe esculpida
como un título de gloria?

¿Y a quién, si a tu madre no,
vas a deber tú mañana,
cual debo a mi madre yo
esta santa fe cristiana
que en el alma me infundió?

¡Bendito el ser que en mi mente
consiguió grabarla un día
con besos de amor ardiente
cuyo calor todavía
me está abrasando la frente!

¡Cuántas noches de desvelo,
cuánta lágrima vertida,
cuánto incierto desconsuelo
costé a la madre querida
que en mí cifraba su anhelo!

¡Cuántas tristes aflicciones,
cuántas hondas emociones,
su corazón sufriría!
¡Cuántas dulces oraciones
junto a mi cama alzaría!

¡Cuándo podré concebir
dolor tan hondo y tan fuerte
como ella debió sentir,
viéndome a mí combatir
entre la vida y la muerte!

Di: ¿tu mente ha concebido
lo que ella sufrió por mí?
¡Pues ya tienes comprendido
lo mucho que habrá sufrido
tu amante madre por ti!

¡Ámala, pues! Y si eres
un hijo bueno que quieres
su amor, en parte, pagar,
cumple todos los deberes
que ahora te voy a enseñar.

Tu madre

Si en los humanos seres del
mundo moradores
hay un amor purísimo de celestial sabor,
es el amor de madre, de todos los amores,

el celestial, el puro y el verdadero amor.

Por eso ante los ojos del Dios omnipotente,
no debe haber pecado ni ingratitud mayor
que la del hijo ingrato que con amor ferviente
no paga amor tan grande de que es filial deudor.

En el amor materno todo es pureza,
todo es afecto tierno, todo grandeza.
Bien ajeno a los vicios del egoísmo,
todo él es sacrificios, todo heroísmo.

Si tú de ese amor santo ser digno quieres,
ama a tu madre tanto como pudieres,
porque su amor es puro, grande y sincero,
y es noble, y es seguro, y es verdadero.

Por la santa memoria
de tu buen padre
ama a tus hermanitos
y ama a tu madre;
que al buen hermano
y al buen hijo, Dios mismo
les da la mano.

Los amigos

Te encontrarás mañana, si
dejas de ser niño,
amigos que protesten de su amistad leal;
tendrás acaso muchos que fingirán cariño
y hasta darán pruebas de afecto fraternal;

pero si tú te inspiras en mi consejo sano,
tendrás para tratarlos una prudencia tal,
que su amistad dañina te ofrecerán en vano,
cuando arrastrarte quieran con su amistad al mal.

Huye del falso amigo que se enmascara,
más que del enemigo que da la cara;
y no uses de violencia para alejarlos,
pero sí de prudencia para tratarlos.

Son muchos los venales y los arteros
y pocos los leales y los sinceros.
¡Yo no quiero contarte los que he encontrado
porque ibas a quedarte maravillado!

Si tú encuentras alguno

fiel y sincero,
has de quererle tanto
como te quiero,
porque ese amigo
será siempre tu hermano
para contigo.

La honradez

Jamás el puro espejo de tu
conciencia sana
empañes con la mancha de deshonrosa acción;
jamás con las miserias de la maldad liviana
desmientas tu cristiana y honrada educación.

Jamás en el combate del bien y la impureza
sucumba deshonado tu noble corazón,
ni al tentador halago de terrenal riqueza,
ni al miserable impulso de material pasión.

La honradez es tesoro tan verdadero,
que no lo compra el oro del mundo entero,
pues la mayor riqueza de la existencia
es la santa pureza de la conciencia.

El que la haya manchado de lodo inmundo,
un hombre despreciado será en el mundo,
y el que la haya perdido, será ante el Cielo
réprobo maldecido más que en el suelo.

No extrañes que no premien
en la existencia
los sentimientos puros
de tu conciencia.
¡El hombre honrado
por el Juez de los jueces
será premiado!

El trabajo

Cuando de Dios la mano sabia
y omnipotente,
puso en el mundo al hombre luego que lo creó,
el hombre ingrato y débil fuele desobediente
y el Creador al trabajo su vida encadenó.

Siendo, pues, el trabajo ley soberana y santa
que el Hacedor del mundo con su poder dictó,

debemos acatarla con reverencia tanta
como el poder merece de quien la promulgó.

Es el trabajo fuente de la riqueza
y aguijón diligente de la pereza;
la ruina y los pecados más lastimosos
son frutos obligados de los ociosos.

Si en el trabajo honrado tus miras pones,
vivirás alejado de tentaciones,
labrarás con tus manos tu bien futuro
y el pan de tus hermanos harás seguro.

Honrado patrimonio
te dio tu padre
consévalo y ayuda
siempre a tu madre,
y Dios un día,
te dará a manos llenas
pan y alegría.

Dios

¿Quién es el hombre ingrato
que de la mano santa
del Dios pródigo y grande la vida recibió,
y ante su Dios postrado los ojos no levanta
reconociendo humilde cuanto el Señor le dio?

¿Quién es el hombre ingrato que con placer no canta
las eternas glorias del Dios que le creó,
y no agradece humilde misericordia tanta
y bienes tan inmensos como Él le dispensó?

Dios les da a los que lloran dulce consuelo
cuando su auxilio imploran con fe y anhelo:
Y ¡ay de los descreídos que no le llaman!
Y ¡ay de los pervertidos que no le aman!

Ante Dios de rodillas alza tus preces,
que cuanto más te humilles, más te ennobleces;
y ten siempre presente que el mal cristiano
no puede ser buen hijo ni buen hermano.

Alza al cielo los ojos
constantemente,
sé cristiano sincero,
sé buen creyente,
que al buen cristiano

Dios, que es Padre de todos,
le da la mano.

¡Por tu padre!

¡Cuanta sublime belleza
hay en la hermosa plegaria
santa y pura,
del huerfanito que reza
del padre en la solitaria
sepultura!

¡Con qué divina armonía
sonarán sus oraciones
en el cielo
como eco de una alegría
que busca a las aflicciones
un consuelo!

Los ángeles al oírlas,
con voces mil ideales
le harán coro,
para ante Dios repetirlas
al son de sus celestiales
arpas de oro.

Y el Dios Grande y Soberano,
coronado por millares
de luceros;
el que con su sabia mano
trazó a los revueltos mares
sus linderos;

el que desgaja los montes
e incendia con las centellas
el espacio,
y pinta los horizontes
con tibias auroras bellas
de topacio;

el que, con mano potente,
va los ejes gobernando
de la tierra;
el que despeña el torrente
que desciende rebramando
de la sierra;

el que riza suavemente
las ondas del claro río

bullicioso,
o le ordena de repente
que se desborde bravío
y espumoso;

el que bañó de colores
las alas de las bullentes
mariposas,
y dio a la brisa rumores
y aguas puras a las fuentes
bulliciosas;

el que corona de nieve
las más altivas montañas
de la tierra,
y cuida el átomo leve
perdido entre las entrañas
de la sierra;

el que encierra en las semillas
gérmenes fecundadores
diminutos,
incógnitas maravillas
de donde surgen las flores
y los frutos;

el que dispone del freno
del rayo de la tormenta
destructor,
y apaga la voz del trueno
que en el espacio revienta
con fragor;

el que selvas y jardines
pobló de divinos coros
trinadores,
de pintados colorines
y de pardos y canoros
ruiseñores;

el Dios que lo mismo cuida
del insecto que en la tierra
yace hundido,
que del águila atrevida
que en el peñón de la sierra
cuelga el nido;

el que a las flores dio aromas,
y a los arroyos corrientes
placenteras,

y dio arrullo a las palomas
y rugidos estridentes
a las fieras;

el que cuajó de topacios
las tibias auroras bellas
purpurinas,
y salpicó los espacios
con una lluvia de estrellas
diamantinas;

el Dios de existencia eterna
que, con gran sabiduría
providente,
rige, conserva y gobierna
la universal armonía
sorprendente;

el que es la Suma Belleza
y es la Razón Soberana
de la vida;
el que es la Suma Grandeza
jamás por la mente humana
concebida...

¡Ese gran Dios soberano
bendice las oraciones,
siempre puras,
del huerfanito cristiano
que llora sus aflicciones
prematargas!

¿Ves qué sublime grandeza
hay en el ruego inspirado
y afligido
del huerfanito que reza
por el padre idolatrado
que ha perdido?

¿Soñaste mayor grandeza
que la de ser bendecido
por la mano
que en la gran naturaleza
de su poder ha vertido
sólo un grano?

¿Soñaste mayor consuelo
para calmar aflicciones
y agonías
que el de saber que en el cielo

se escuchan las oraciones
que a él envías?

Reza, pues, querido amigo,
y de tu padre venera
la memoria;
que yo rezaré contigo
por la paz dulce y eterna
de su gloria.

¡Reza, reza con tu madre
y de su alma solitaria
sé el consuelo!
¡Reza, que tu pobre padre
benedicirá tu plegaria
desde el cielo!

Recuerdo de tu primera comunión
¿Cómo podré yo pintarte
prueba tan grande de amor?
¡Cómo podré yo expresarte
la gran bondad del Señor
que ha venido a visitarte?

¿Dónde podré yo encontrar
acentos para un cantar
de celestial armonía,
si el son de la lira mía
no puede hasta Dios llegar?

¿Cómo he de poder cantar
lo que no sé comprender?
¿Cómo he de poder pintar
lo que me puede cegar
con la luz de su poder?

El Dios que quiso crearte
ha querido a Él acercarte,
y quiere junto a Él tenerte,
y quiere santificarte,
y quiere hijo suyo hacerte.

¿Qué lira puede cantar,
qué pincel puede pintar
ni qué corazón medir
la prueba de amor sin par
que acabas de recibir?

Ni la puedes comprender,
ni la puedes merecer,
mas di humillado «¡Señor!,
¡eres grande en tu poder,
pero más grande es tu amor!

No te ha bastado lavarme
de mi culpa en el Calvario,
y ahora vuelves a llamarme
desde un humilde Sagrario
sólo por santificarme.

Si causa de tu Pasión
fue mi redención primera,
sea esta santa comunión
mi segunda redención
y mi redención postrera.

¡Hazme bueno; hazme cristiano;
no apartes de mí tu amor,
no apartes de mí tu mano,
que yo prometo, Señor,
ser buen hijo y buen hermano!»

A Cándida

- I -

¿Quieres, Cándida saber
cuál es la niña mejor?
Pues medita con amor
lo que ahora vas a leer.

La que es dócil y obediente,
la que reza con fe ciega,
con abandono inocente.
la que canta, la que juega.

La que de necias se aparta,
la que aprende con anhelo
cómo se borda un pañuelo,
cómo se escribe una carta.

La que no sabe bailar
y sí rezar el rosario
y lleva un escapulario
al cuello, en vez de un collar.

La que desprecia o ignora
los desvaríos mundanos;

la que quiere a sus hermanos;
y a su madrecita adora.

La que llena de candor
canta y ríe con nobleza;
trabaja, obedece y reza...
¡esa es la niña mejor!

- II -

¿Quieres saber, Candidita,
tú, que aspirarás al cielo,
cuál es perfecto modelo
de cristiana jovencita?

La que a Dios se va acercando,
la que, al dejar de ser niña,
con su casa se encariña
y la calle va olvidando.

La que borda escapularios
en lugar de escarapelas;
la que lee pocas novelas
y muchos devocionarios.

La que es sencilla y es buena
y sabe que no es desdoro,
después de bordar en oro
ponerse a guisar la cena.

La que es pura y recogida,
la que estima su decoro
como un preciado tesoro
que vale más que su vida.

Esa humilde jovencita,
noble imagen del pudor,
es el modelo mejor
que has de imitar, Candidita.

- III -

¿Y quieres, por fin, saber
cuál es el tipo acabado,
el modelo y el dechado
de la perfecta mujer?

La que sabe conservar
su honor puro y recogido:
la que es honor del marido
y alegría del hogar.

La noble mujer cristiana
de alma fuerte y generosa,
a quien da su fe piadosa
fortaleza soberana.

La de sus hijos fiel prenda
y amorosa educadora;
la sabia administradora
de su casa y de su hacienda.

La que delante marchando,
lleva la cruz más pesada
y camina resignada
dando ejemplo y valor dando.

La que sabe padecer,
la que a todos sabe amar
y sabe a todos llevar
por la senda del deber.

La que el hogar santifica,
la que a Dios en él invoca,
la que todo cuanto toca
lo ennoblece y dignifica.

La que mártir sabe ser
y fe a todos sabe dar,
y los enseña a rezar
y los enseña a crecer.

La que de esa fe a la luz
y al impulso de su ejemplo
erige en su casa un templo
al trabajo y la virtud...

La que eso de Dios consiga
es la perfecta mujer,
¡y así tienes tú que ser
para que Dios te bendiga!

Dos cartas

- I -

¡Hijito del alma mía!

Anoche un sueño terrible
me hizo asistir al horrible
martirio de tu agonía.

¡Tremendas cosas soñé!
Soñé que el hijo querido
diome sin pena al olvido
y apostató de su fe.

Y presa de horrible espanto
te vi despertar, hijito,
de ese colegio bendito
donde se aprende a ser santo.

Y loca, al verte manchado,
bajé a buscarte al abismo,
al fangal, al antro mismo,
donde se encueva el pecado.

Sin Dios, sin madre y sin fe,
¡qué solo estabas allí!
Muerta de miedo te vi,
loca de amor te llamé.

Y la manada maldita
de aquellas bestias salvajes
llenó de injurias y ultrajes
a la infeliz viejecita.

Después, en mi desvarío,
soñé que un sayón de aquellos
me arrastró por los cabellos,
¡que son blancos, hijo mío!

Y tú, de la turba en pos,
ibas riendo... ¡Te vi!...
¡Te oí maldecirme a mí!
¡Te oí blasfemar de Dios!

.....
Y al despertarme exclamé:
«¡Que muera el hijo, gran Dios;
pero llevádmelo Vos,
que para Vos lo crié!...»

.....
Perdona a tu madrecita
si ha soñado el desatino
de que eras el asesino
de tu pobre viejecita.

¡Delirios!... Sabe tu amor
que tengo en el alma frío
y sólo vivo, hijo mío
de tu cariño al calor.

Muerta el alma de tristeza,
seca de llanto la fuente,
llena de arrugas la frente,
blanca la débil cabeza,

trémula la pobre mano
que estos renglones escribe,
soy una muerta que vive
al sol de un amor lejano.

Tú eres mi sol, hijo mío,
y mientras él me caliente
podrá haber frío en mi frente,
¡en mis entrañas no hay frío!

- II -

Besando estoy madre mía,
tu carta de angustia lleno.
Si por Dios no fuera bueno,
sólo por ti lo sería.

Jamás amarguen tu amor
esas quimeras extrañas;
el hijo de tus entrañas
vive en la fe del Señor;

y de ella y con ella lleno,
ni aun en sueños ha salido
de ese colegio querido
donde se aprende a ser bueno

.....

Por eso en esta mansión
toda frase es caridad,
todo suspiro es piedad,
todo arrullo es oración.

¿Y tú quizá lo dudaste?
¡Ni en sueños de calentura
no se puede fingir locura
mayor que la que soñaste!

Labios que tú has de besar
no podrán nunca verter
blasfemias de Lucifer,
palabras de lupanar.

Yo, que ante Dios lo he jurado,
hoy lo juro ante mí mismo:
¡No bajarás tu al abismo
buscando al hijo manchado!

.....
¿Soñaste que el mundo vano
hízome impío? ¡Quimera!
Si yo en tus brazos muriera,
¡vieras morir a un cristiano!

¿Soñaste verme de fijo
romper de tu amor los lazos?
Si yo muriera en tus brazos,
¡vieras morir un buen hijo!

Perdono a mi madrecita
si ha soñado el desatino
de que yo era el asesino
de mi amada viejecita.

Y dejaréla decir,
ya que es ese su placer,
que el calor de mi querer
la está ayudando a vivir.

¡Así vivimos los dos!
Por eso el día tremendo
en que mi ruego no oyendo
me deje sin madre Dios,

Dios ha de ver cómo escribo
sobre la tumba sombría:
«Cuando esta madre vivía,
no estaba muerto este vivo.»

No sospeches, madrecita,
que mi espíritu atormentas
cuando en tus cartas me cuentas
lo que te aflige y te agita.

Yo olvidaré de una vez
esas tus locas visiones,
que no son más que aprensiones,
ternuras de tu vejez...

Pero, en cambio, yo te exijo
que tú también las olvides,
que te alegres, que te cuides,
¡que no llores por tu hijo!

Porque ¡ay de él si de tristeza
se le muere, estando ausente,
la de la blanca cabeza,
la de la arrugada frente!

¡Adiós!

A la memoria de mi querido
discípulo Nicomedes Martín.

¡Discípulo inolvidable,
alma hermana de la mía,
bendito sea adorable
por quien mi pecho sentía
cariño tan entrañable!...

Ángel que al mundo bajaste
dentro de un cuerpo de niño,
¿por qué tan pronto dejaste
la vida donde encontraste
para ti tanto cariño?

¿Por qué a tus padres queridos
dejaste tan afligidos
con tu muerte prematura,
que los tienes sumergidos
en tan tremenda amargura?

¿Por qué me dejaste a mí
si sabías que tenía
yo tanto amor para ti
que el alma herida sentí
cuando vi que te perdía?

Yo te enseñaba a querer,
yo te enseñaba a marchar
por la senda del deber,
yo te enseñaba a rezar,
yo te enseñaba a creer.

Y en tu alma pura y sencilla,
dócil como una paloma,
brotó tan santa semilla
como de una florecilla
brota el purísimo aroma.

Tal vez extrañe, el que ignore
lo mucho que me querías,
que tanto tu muerte llore
y que por ella hoy devore
secretas melancolías.

Mas si el testimonio invoco

de aquel cariño tan santo
cuyo recuerdo hoy evoco,
¿qué extraño es que llore un poco
quien supo quererte tanto?

¡Pobre mártir inocente!
¡Con qué dolor tan profundo,
con qué ansiedad tan ardiente
besé tu serena frente
cuando dejaste este mundo!

¡Con qué dolor te veía
sufriendo el atroz tormento
de tu bárbara agonía
sin poder el alma mía
darte vida con su aliento!

¡Y qué consuelo he sentido
pensando en que he recogido
cuando estabas ya expirante
el leve postrer latido
de tu corazón amante!

¡Y al acabar con la muerte
de tu dolor el calvario,
qué consuelo fue ponerte
mi bendito escapulario
sobre tu pecho ya inerte!

¡Tristes momentos aquellos!
Como recuerdo de ellos
conservo, cual rica alhaja,
una cinta de tu caja
y un mechón de tus cabellos.

Y así podré de esta suerte
tener, cual prenda querida
de lo que supe quererte,
un recuerdo de tu vida
y un símbolo de tu muerte.

En estos pobres renglones
para tus padres escribo
mis secretas impresiones,
que acaso en sus aflicciones
les sirvan de lenitivo;

porque el recuerdo incesante
de que tú fuiste en el mundo
un ángel y un hijo amante,

será un consuelo constante
para su dolor profundo.

¡Dios hizo bien al llevarte!
¡Bien hago yo si a tu muerte
quiero esta deuda pagarte!
¡Si vivo supe quererte,
muerto, debo de llorarte!

¡Dios hizo bien!... Sólo escoria
y miseria es lo que encierra
esta vida transitoria.
¡Los ángeles de la tierra
deben marcharse a la gloria!

Las hermanas de la caridad en la guerra

Ángeles que a la tierra
Dios os envía;
la patria os divinice,
ella os bendiga
yo no soy digno
ni de cantar siquiera
vuestro heroísmo.

Pero yo lo calculo,
yo lo comprendo,
y en el fondo del alma
yo lo venero.
¡Oh, cuántas veces
me hacéis llorar a solas,
santas mujeres!

¡Qué pequeño es el hombre
cuando contempla
desde el mundo egoísta
vuestra grandeza
¡Oh, qué pequeño,
cuando os miro a vosotras,
yo me parezco!

El héroe enardecido
que por la patria
derrama en el combate
su sangre honrada,
es noble, es grande;
mas la patria lo ordena,

¡y él da su sangre!

Pero ¿quién a vosotras
os ha pedido
vuestro largo calvario
de sacrificio?
¿Quién os obliga
a inmolar por la ajena
la propia vida?

¿Quién os lleva arrastradas
adondequiera
que haya abiertas heridas
que nadie cierra,
y haya amarguras,
y haya lágrimas tristes
que nadie enjuga?

¿Quién os lleva a vosotras,
mujeres santas,
a endulzar agonías
desesperadas,
y a dar consuelos,
y a rezar por los vivos
y por los muertos?

¿Quién es que os ha lanzado,
humanos ángeles,
en medio del estruendo
de los combates,
donde los hombres
luchan y se destrozan
como leones?

¿Quién os manda a vosotras,
pobres mujeres,
¡a cerrar los ojos
de los que mueren,
y a ser las madres
de los que lejos de ellas
viertes su sangre?

¿Quién os lleva a la cumbre
del heroísmo?
¿Quién os da fortaleza
para el martirio?
¿Quién os obliga
a inmolar por la ajena
la propia vida?

Lo sé, santas mujeres:
vuestro heroísmo
es el de los amantes
hijos de Cristo,
¡No hay quien lo niegue!
¡La caridad cristiana
todo lo puede!

El destino de las flores

- I -

La mano de un caballero,
de un caballero mundano,
cortó una orquídea preciada,
que en el tibio invernadero
del gran parque cortesano
creció cual niña mimada.

Y la llevó a los salones
donde, entre danzas y gritos,
la fiesta mundana hervía
con todas las tentaciones
y todos los apetitos
que Satanás encendía.

«¡A la reina del placer!»,
dijo el gentil caballero,
y ufano la flor le dio
a una elegante mujer
que con talante altanero
sobre el seno la prendió.

La ardiente atmósfera henchían
brillantes luces que herían
y aromas embriagadores,
y pláticas seductoras,
y cascadas de colores,
y músicas tentadoras...

Y aquella flor delicada
sólo por brisas mecida
que ella de aroma empapó,
ahora danzaba asfixiada
por la atmósfera encendida
que su perfume sorbió.

Su muerte, ¡qué triste fue!
Ciega de rabia y despecho
por celos de no sé qué,

su altiva dueña, irritada,
se la arrancó de su pecho
y al suelo arrojóla airada.

Y dos o tres caballeros
distráidos y altaneros
que platicando pasaron,
con sus pies la mancillaron,
y se alejaron ligeros
¡y muerta allí la dejaron!

- II -

La mano de un caballero,
de un caballero cristiano,
cortó en el huerto una rosa
y al templo fuese ligero,
llevando alegre en la mano
la flor fragante y hermosa.

«¡A la Reina de los cielos!»,
dijo el hidalgo cristiano,
dechado de fe sencilla;
y ardiendo en santos anhelos,
la puso a los pies, ufano,
de la Reina sin mancilla.

El tibio ambiente llenaban
efluvios que a campo olían,
cantos que de amor hablaban,
suspiros que el aire hendían,
bendiciones que bajaban
y plegarias que subían...

Y la flor encantadora
que el ambiente transparente
del huerto esenciara tanto,
de esencia llenaba ahora
otro purísimo ambiente
que, a más de puro, era santo.

Su muerte, ¡qué deliciosa!
de humo de incienso un jirón
llevó a la mansión gloriosa
el rumor de una canción
con la última exhalación
el perfume de la rosa.

.....

Caballero distraído
que trasplantar tu hija quieres
del jardín de tus amores,

no des jamás al olvido
que es como el de las mujeres
el destino de las flores.

Plegaria

Bajo tu amparo, Señor,
pongo mis hijos queridos.
Tú serás el protector
de estos ángeles dormidos
que ídolos son de mi amor.

Entrego a tu Providencia
los hijos de mis entrañas.
¡Cuidame de su existencia
Tú que me los acompañas
en su sueño de inocencia!

Y si consientes que un día
queden sin padre y sin madre,
en tu amor mi fe confía;
¡dales por Madre a María
y sé Tú su amante Padre!

El amo

El monte era feraz, hermoso
y grande;
la casa, alegre y blanca;
la gente, vividora;
sanos los cuerpos, vírgenes las almas,
cadencioso el vivir, sereno el tiempo,
honda la paz y la existencia larga.
El mejor de los mundos se veía
desde las puertas de la alegre casa
y el pedazo más puro de los cielos
sobre el dulce rincón se dilataba.
¡Quién el alma de un ángel,
quién me diera un pincel, quién unas alas
para del cielo en el divino lienzo
pintar el campo que debajo estaba,
que hay pedazos del mundo que podrían
servir al cielo de divina entrada!
¡Qué hermosa, qué tranquila
la alquería feliz de Casablanca!
No quiso Dios que con salvajes gritos
los mares la arrullaran,

ni que aquellas riberas del silencio
lamiesen bravas aguas;
que es la lengua del mar lengua de fiera
que lame torva, al domador las plantas;
que el arrullo del mar es resoplido
de león que descansa
y de allí donde Dios vierte quietudes
aleja las borrascas,
porque ellas siempre nublarán los cielos,
y enturbiarán las aguas,
y troncharán las flores,
y afligirán las almas.
Ni puso en la alquería
las tremendas grandezas soberanas
de las cerradas tenebrosas selvas,
los tajos sin hondón de las montañas,
los ríos caudalosos de aguas turbias;
las monstruosas cordilleras pardas,
la muerte gris de los desiertos grandes,
la vida sorda de las sierras bravas.
¡Señor, cuán otra hiciste
la alquería feliz de Casablanca!
¿Para qué más arrullos que el suave
del aire aquel que por los montes pasa,
o del ronco pichón enamorado
con un amor que su pechuelo inflama?...
¿Y cuáles como aquellas
frescas y puras, saludables aguas
del manso regatuelo
que cruza la pradera solitaria
con música de paz, ritmo asonante
que parece celeste canto de almas?
¿Y qué mayor grandeza
que la que humildes guardan
una del soto madre selva virgen
o una del prado margarita blanca,
una canción de pájaro en amores,
un germen microscópico que estalla...?
¡Qué feliz es la vida de los buenos,
y viviéndola allí, cuán sosegada!
El tiempo venidero se aproxima
cantando la canción de la esperanza
y recita al pasar sobre nosotros
el himno lleno de la vida honrada...
¡Qué bello es el ayer que atrás murmura
sólo memorias gratas!
¡Qué sabroso es el hoy en Dios vivido,
y qué consolador es el mañana!...

Patria

- I -

Vieja España, gloriosa madre

santa,
¿para qué requerir tu hermosa historia,
si hasta el hijo más rudo que hoy te canta
la conserva esculpida en su memoria?
¿Y cómo tanta gloria
cómo grandeza tanta,
sin profanarlas celebrar podría
la voz de mi garganta
y el sordo acento de la lira mía?

La madre de los grandes heroísmos,
la que descubre los ignotos mundos
que el Señor escondió tras los abismos
de los mares profundos;
la que de aquellos mundo ignorados
fue con Dios cual segunda creadora,
y, dándoles después con sangre escrita
la ejecutoria de su fe bendita,
fue con Cristo segunda redentora...

La que al ver profanado
por razas delirantes de ambiciones
este viejo solar immaculado,
pujantes engendró generaciones
de hijos como leones,
y siete siglos de guerrero empeño
costóle una victoria,
que esculpió en las entrañas de la Historia
una epopeya que parece un sueño;
la que a la mar bajo la cruz se hiciera
cuando la armada muchedumbre fiera
de la barbarie y la impiedad rugiendo,
fuerte sintióse y avanzó guerrera
las turbias olas de la mar hendiendo,
y en lucha horrible, admiración y espanto
del amagado mundo estremecido,
le dio la sepultura del vencido
en las aguas sagradas de Lepanto;
la noble madre que engendró admirables
legiones incontables
de reyes, caballeros,
sabios gobernadores,
intrépidos guerreros,
santísimos varones que han poblado
los altares divinos,
portentosos ingenios peregrinos

que la vida inmortal nos han robado...;
la nación que tuviera
del mundo en el rincón más apartado
sobre cada ciudad una bandera;
la que a la Historia hiciera
grabar en cada página una hazaña,
la que ayer soberana y grande era,
la que ahora está caída..., ¡esa es España!

- II -

¿Qué dolientes gemidos
llegan a mis oídos?
Varón inconsolable, ¿por qué lloras?
¿Lloras, dí, porque el hado,
porque los vientos de contraria suerte
trajeron a la Patria a tal estado?
Pues el hijo amoroso, el hijo fuerte,
que a la madre adorable ve caída,
no con gemido vano
la contemple afrentada y dolorida:
¡tiéndale pronto la robusta mano
y derrámele bálsamo en la herida!

Tú puedes, ciudadano,
prestarle nueva vigorosa vida,
si esas míseras lágrimas que viertes
en gotas de sudor, cual yo, conviertes
por la doliente Patria empobrecida.

¿No la ves otra vez ir resurgiendo
del fondo del abismo,
donde la hundiera el trepidar horrendo,
del fiero cataclismo?
¡Arriba el corazón! ¡Lucha y espera!
Mira cuál su recinto van poblando,
de frontera a frontera,
formidables ejércitos izando
la gloriosa bandera.
Mira cómo a sus mares
las gentes de sus puertos van lanzando,
repletos de pertrechos militares,
monstruos de guerra henchidos
de innúmeros soldados aguerridos,
gigantescos castillos animados,
donde cada guerrero es una roca,
cada mástil cien fuertes almenados,
y el cráter de un volcán cada ancha boca
de sus férreos costados...

Mira qué apresuradas,

qué llenas de vitales energías
las naves de la paz, abarrotadas
de ricas mercancías,
navegan por estelas no borradas.

¿No ves flotar debajo
del ancho cielo puro
de ciudades, de pueblos y de aldeas,
el hálito solemne del trabajo,
que surge denso, nublator y oscuro,
de bosques de gallardas chimeneas?
Escucha el vigoroso
robusto trepidar de los talleres;
mira a Mercurio rico y laborioso
moviendo las ciudades afanoso;
mira en el campo, coronada, a Ceres.

¿No ves cómo la sierra
van los hombres a palmo conquistando?
¿Cómo le van robando
mantas de abrojos, túrdigas de tierra,
y en ella escalonando
por sabias sucesivas regulares
precoces huertecillos siempre frescos,
azules olivares,
fructíferos viñedos pintorescos
y pomposos oscuros castañares?
Mira cómo coronan las alturas
de los antes escuetos horizontes,
grandes masas oscuras
de hoscas, feraces y apretados montes.
Mira cómo aprisionan en sus vías
aquel río que riega
por miles de minúsculas sangrías
lo que era estéril arenosa vega...;
mira cómo descansa
y un momento parece que dormita
delante de la presa en que remansa,
y cómo desde allí se precipita,
moviendo con su fuerza prodigiosa
los miembros de la vida laboriosa,
molinos y lagares,
batanes y telares,
y fábricas de luz maravillosa...;
cuenta, cuenta, si puedes, los millares
de hijos que la enriquecen
del ruidor trabajar con las conquistas;
mira cómo la ilustran y embellecen
sus legiones de sabios y de artistas,
y cómo sus valientes capitanes,

émulos de las glorias
de Pelayos, Rodrigos y Guzmanes,
van logrando que en tierras extranjeras,
al vernos bravos sacudir la muerte,
saluden con respeto las banderas
del pueblo del honor, otra vez fuerte.

¿Dices que sueño? ¡Y mientras tenga vida
soñando seguiré mi hermoso empeño!

Pues di, pobre suicida:
la historia de esta Patria, hoy afligida,
¿No te parece, por sublime, un sueño?

Si no quieres traer a la memoria
las viejas epopeyas de esa historia,
deja que duerman en el tiempo hundidas
el sueño de la gloria;
pero dile a tu padre que te cuente
cosas vistas y oídas
en su plácida edad de adolescente.

¿Tú no sabes que ayer atravesaron
las sagradas fronteras
y el solar del honor locas hollaron
enemigas legiones extranjeras?

¡Oh, qué lucha tan épica! ¡Oh qué brava!
Y el padre de tu padre, ¡qué valiente!,
qué delirante de furor luchaba,
cual todos sus hermanos,
descubierta la frente a los tiranos,
los pechos sin escudos,
sin armas casi en las honradas manos;
¡los leones también luchan desnudos!

Escarba el patrio suelo dondequiera,
y verás que es inmensa tumba fría
de la gente extranjera,
que ciega osara profanarle un día.

¿Y dudas todavía
del honor español? ¡Desventurado!
¿Ignoras que la España que ha llenado
con Sagunto y Numancia
la historia de pretéritas edades,
cuyo recuerdo engríe y alboroz,
es la misma que hoy cuenta con ciudades
que se llaman Gerona y Zaragoza?

¡Zaragoza y Gerona!... ¿No palpita
tu corazón a la esperanza abierto?

Si el frío no te agita
de lo sublime, ¡oh desdichado!, has muerto.

¿Por ventura en la Patria no has nacido
donde siempre luchando se ha vivido
y en el puesto de honor de los deberes
los hombres a cejar no han aprendido,
ni a llorar las mujeres?

¿Y ante tanta patriótica nobleza,
no te sientes de orgullo estremecido,
ni aspiras del martirio a la grandeza?
¿Y al suelo inclinas la cobarde frente?
¿Y aún la duda te mueve la cabeza?
¿Y sigues pusilánime, impotente,
llorando todavía?
¡Tú no eres hijo de la Patria mía!

Los dichos del tío Fabián

Pues, señor, el otro día
vino un tío a visitarme
y sigue con la manía
de venir a marearme.

Con su charla singular
la sangre misma me enciende;
charla y charla sin cesar,
¡pero cualquiera lo entiende!...

Tiene él un prado inmediato
a una linda huerta mía,
y ayer fui a su casa un rato
a ver si me lo vendía.

«Tío Fabián, vamos a ver
-le dije con claridad-:
¿usted me quiere vender
el prado de la hermandad?»

«Si lo vende, hago una puerta
para mi huerta lindante,
mas si usted quiere mi huerta,
yo se la vendo al instante.»

El tío Fabián sonrió,
con aire ufano y sencillo;
después tosió, se rascó

y escupió por el colmillo.

Y echando al fuego unos palos,
me contestó el tío Fabián:
«que los tiempos andan malos...;
que patatín..., que patatán...».

«Deje esa palabrería
y piense bien la cuestión:
¿quiere usted la huerta mía?
La vendo sin dilación.

«Las dos fincas valen poco,
más pudiéndolas juntar,
resulta, o yo me equivoco,
una finca regular.»

Y con palabra calmosa
el tío Fabián se resuelve
a decir: «Que esa es la cosa,
que torna..., que vuelve...»

«Dígame usted sin rodeos
cuáles son sus intenciones
y cuáles son sus deseos,
proyectos y aspiraciones.

«Claridad pretendo yo
y usted en divagar se empeña;
¡pero dígame sí o no
como Cristo nos enseña?»

Y el tío Fabián sin piedad,
de mis casillas me saca
diciendo que es la verdad...,
«que torna..., que daca...»

«¡Ay tío Fabián, concretemos,
y entendámonos, por Dios,
o locos nos volveremos
de esta manera los dos!»

«En forma clara y abierta
la cuestión le he planteado:
o me vende usted el prado
o me compra usted la huerta.»

«Y si nada ha de querer,
dígame sin vacilar
que no quiere usted vender

y no quiere usted comprar.»

Pues tras estos alegatos
diciéndome el hombre sale,
que donde hay hombres, hay tratos...,
«que tumba... que dale».

«Si eso está bien, tío Fabián;
mas es charlar tontamente,
y yo no sé a qué ese afán
de salir por la tangente.

«Yo me traigo mis cuartitos
si es que el prado he de comprar,
y nombrando dos peritos
que lo vayan a tasar.»

Pero el tío Fabián me ataja
diciendo con gran trabajo
que su prado es una alhaja...,
«que arriba... que abajo...».

«Yo pagaré lo que valga
si el prado tan bueno es;
pero, por Dios, no me salga
con otra tecla después.

«Eso del valor del prado
los peritos lo dirán
y es asunto terminado;
¿comprende usted, tío Fabián?»

Y el tío Fabián no comprende
y dice que velaí...
que la gente así se entiende...
«que por aquí... que por allí...».

«¡Cuidado que es pesadez!;
tío Fabián, tengo que irme;
dígame usted de una vez
lo que tenga que decirme.

«Usted está en las Batuecas,
pero a ver si ahora me entiende;
contésteme usted a secas:
¿vende el prado o no lo vende?»

Y contesta el muy pesado
que hogaño ha criado en el prado
la miaja e ganao y el potro...,

«que por este lado..., que por el otro...»

Pero ¿usted no puede hablar
de forma más apropiada?
¡si eso es charlar por charlar,
y charlar sin decir nada!...

«No hay más tiempo que perder:
el prado lo compro yo.
¿Me lo quiere usted vender?
¿Qué dice usted: sí o no?»

Y el hombre dice que el prado
se lo compró él a un sobrino...;
que fue medio regalao...,
que si fue..., que si vino...»

«Tío Fabián, me voy a ir,
y perdone si le ofendo,
pero no puedo sufrir
esa charla que no entiendo.»

«Quedamos en eso, ¿eh?
¿Me venderá usted el prado?
¿No es eso?
¿Qué dice usted?»

Y al verse el hombre acosado,
me dice con mucha flema
que se lo dirá a la tía...
y que esa es la su sistema...,
«que ya vería..., que ya vería...»

Viejos soles

El sol que nos alumbra ya es

muy viejo.
Las primeras auroras
que pintó su purísimo reflejo
fueron del tiempo las primeras horas,
del universo el inicial bosquejo.

En el centro del mundo planetario,
uno en sus leyes y en grandeza vario,
la Eterna Voluntad que lo creara
encendió la del sol rica lumbrera
y le dijo a su fuego que radiara,
y le dijo a su luz que presidiera.

¡Soberano nació! Su vasto imperio
las fronteras hundía
más allá de la ignota lejanía
que toca las riberas del misterio.

El ámbito vacío,
que abismo fuera de negrura y frío,
brillaba, rutilante,
sus senos al sentir de vida llenos,
desde que aquella atravesó sus senos
luz meridiana que vibró radiante.

Mundo sin luz en derredor girando
del mundo de la luz lo circuían,
y en su luz se bañaban, volteando,
y el calor del vivir en él bebían.

Y en esta tierra que ayer llamé gigante,
y hoy un ruin átomo errante,
ayer edén riente,
y hoy pobre cárcel de la humana gente,
también por las de Dios leyes secretas
reducida a perpetua servidumbre,
rodó con el cortejo de planetas
en derredor de la encendida lumbre.

Rey era el sol de inmenso poderío,
y los mundos que pueblan el vacío
le siguieron, humildes servidores...
¿Y quién iba a robarle el señorío
que le diera el Señor de los señores?

¡Humanas criaturas!
Si en el silencio de las noches puras
visteis el cielo atravesar ligeras,
rasgando sus negruras,
y vuestros ojos con su luz cegando,
estrellas de encendidas cabelleras
que torrentes de luz van arrastrando...

Globos incandescentes,
que llevan en sus nimbos y en sus senos
fulgores de relámpagos ardientes
y estrépitos de truenos...

Puntos de luz ignotos
que el cielo rayan con violácea estela
cuando hienden los ámbitos remotos
por donde solo el pensamiento vuela...

Bengalas siderales
que parodian del sol los resplandores,
bellísimas auroras boreales
que los cielos inundan de colores...

¡No os deslumbréis, humanas criaturas!
¡No las estelas persigáis impuras
de fantasmas que pasan velozmente
sin órbitas seguras!...

Que no son ellos pedestal ingente
de los muchos que pueblan las alturas,
que no son ellos de la luz la fuente,
que no son fuego incubador de vida,
ni naves son con salvador oriente
y hospitalaria playa conocida...

¡Son efímeros mundos sin cimiento,
fuegos fatuos que abrasan,
fulgores que deslumbran un momento,
visiones brillantísimas que pasan!...

El rey del firmamento,
el que perenne en los espacios arde,
es aquel que esta tarde,
tras una apoteosis de oro y grana,
se fue por el Poniente...
¡El mismo que mañana
veréis venir por el dorado Oriente!...

Nuestro sol del saber también es viejo.
Dios lo puso en el cielo de la vida,
y alumbró su vivísimo reflejo
la del saber región oscurecida.

Su luz bañó la hondura
de los grandes abismos de la ciencia,
y supimos, Señor, a cuánta altura
deja volar la rica inteligencia,
de una por ti vidente criatura.

Del mundo del saber las secundarias
brillantes luminarias
por él fecundas y brillantes fueron,
que todas en su torno se agruparon
y fecundo calor en él tomaron
y luz radiante de su luz bebieron.
Iluminado por aquella hoguera,
el cielo del saber ¡qué bello era!

Grande y majestuoso,
giraba en concertado movimiento
en derredor del foco luminoso,
que subía, subía...

Y en alas de la gran sabiduría
lo llevaba orientado hacia el tesoro
por órbitas de luz, del bien emblema,
para ponerlo ante las puertas de oro
de la Verdad Suprema...

¡Humanas criaturas!
Si en las noches del mundo, tan oscuras,
vierais errar veloces y encendidas,
sin órbitas seguras,
locas inteligencias atrevidas,
exhalaciones de la luz impuras
que el cielo del saber cruzan perdidas,
¡no os deslumbréis ante esas luminarias
dislocadas, efímeras, precarias...;
no admiréis la mentira sorprendente
de sus pobres grandezas ilusorias,
ni sigáis con la mente
sus excéntricas locas trayectorias!...

Son vagos desvaríos,
visiones que en el tiempo se disuelven,
miseros extravíos,
fuegos que pasan y a lucir no vuelven...

El magnífico, el sólido, el ingente
sol de sabiduría,
cuya luz, cuyo fuego incandescente
ni el mal enturbiará ni el tiempo enfría...

La cúspide, la fábrica, el asiento
del mundo del humano pensamiento,
el de la ciencia faro peregrino,
el astro diamantino
que rueda con solemne movimiento
en derecha al eternal destino,
es el mismo de ayer. ¡Tomás de Aquino!

Cita

¿Dónde a rodar nos llevará
mañana
esta fuerza invisible del destino
que en el desierto de la vida humana

señalándonos va nuestro camino?

¿Dónde estará esperándome el pedazo
de tierra, para mí desconocida,
donde termine el misterioso plazo
que haya Dios puesto en mi tranquila vida?

¿Dónde el lugar incógnito y sombrío,
triste rincón que para mí será
lecho de muerte, solitario y frío,
donde mi cuerpo a descansar irá?

¿Quién podrá asegurarnos que mañana
no puede separarnos el destino,
con esa misma fuerza sobrehumana
con que ayer nos lanzó por un camino?

Para ese triste e inesperado día
dejo escrita esta página sincera
que un capricho tal vez del alma mía
para ti me mandó que la escribiera.

En sentido y cariñoso aviso,
una cita ideal que darte intento,
un capricho pueril que de improviso
me ha venido a asaltar el pensamiento.

¿Por qué negarlo si lo estoy sintiendo?
¿Por qué ocultarlo si al hablarte así
alguien parece que me está diciendo
que tú también te olvidarás de mí?

Bien sé yo que en el mundo donde vivo
se ríen de estas íntimas ternuras,
que el instinto grosero y positivo
seguramente llamará locuras.

¿Qué grandezas va a haber, ni qué ideales
en un mundo grosero y sin decoro,
hambriento de apetitos materiales
y sediento de goces y de oro?

¿Quién va a hablar de sus íntimos pensares
en este mundo escéptico y grosero,
que hasta a Dios arrojó de los altares
para poner en ellos el dinero?

¡El oro es el que reina, sólo el oro!
El amor, la virtud más noble y alta,
la amistad, el honor, la fe, el decoro,

¿valen dinero? No. ¡Pues no hacen falta!

Por dondequiera que se mire el mundo,
¡el mismo tono gris, triste y sombrío!
¡El mismo aspecto de desdén profundo!
¡El mismo ambiente de egoísmo frío!...

En esta sociedad frívola y necia,
es un hombre ridículo y extraño
el que ve el interés y lo desprecia
cuando viene de manos del engaño.

¿Quién que un soplo de fe tenga en el alma
y un resto de pudor en la conciencia
puede ir viviendo con serena calma
entre esta criminal indiferencia?

¡Yo vivo solo! Y aunque el alma siento
que se asfixia en el aire que respiras,
aparento vivir en mi elemento
en medio de esta universal mentira.

Por ese mar de corazones fríos
voy bogando con fe y sin desalientos,
entregado al cariño de los míos
y embargado en mis propios pensamientos.

Perdóname si distraídamente
dejé correr la pluma demasiado.
¡Ha sido un desahogo conveniente
de que muy raras veces he gozado!

¿Verdad que siempre, cuando tú seas hombre
aunque te veas de mi lado lejos,
te acordarás siquiera de mi nombre,
que escrito dejo aquí con mis consejos?

¡Dios te lo premiará si así lo hicieras,
y yo jamás tu nombre borraré
de la lista querida de los seres
que más he amado, y amo, y amaré.

La mujer

Cuando pueda arrancar de los
infiernos
legiones de cariátides humanas;
cuando pueda traer de los edenés
almas de luz con luz apacentadas;

cuando sepa sondear el de los réprobos
infame corazón, lleno de llagas;
cuando sepa sentir el de los ángeles
sentir divino de purezas diáfanas...

Cuando aprenda un idioma no creado
para la grey humana,
que tiene, para hablar, artificiosos
idiomas de paupérrimas palabras,
y no percibe músicas mejores
que el resbalar de las corrientes aguas,
el rebullir de mañaneras brisas,
el arrullar de las palomas cándidas,
y el dulce son de los canoros pájaros,
y el hojear de la alameda gárrula,
ni músicas más hórridas describe
que el fiero aullido de la loba escuálida,
la carcajada del siniestro cárabo,
los alaridos de la hiena flaca,
el silbo horrible de falaz serpiente
y el grito ronco de feroz borrasca...

Cuando aprenda a vibrar todos los rayos
de la tremenda maldición que mata
los gérmenes maléficos
que anidan en las llagas,
y a dar aprenda en bendiciones puras
del alto Edén anticipadas ráfagas,
¡entonces te diré, curioso amigo,
lo que son las mujeres!...

¡Qué!... ¿Te extrañas?
Decir que son demonios,
que son flores con alma,
que son blancos arcángeles...
me parece decir cosas muy pálidas.
Y si en decires del humano idioma
yo pretendiera bosquejar sus almas,
tal voz oyeras con atento oído
rumor de abismos y batir de alas;
pero la vida de los dos es corta
para que yo, con ruidos de palabras,
cantar pudiese el colosal poema,
maridaje de luz y sombras trágicas,
y tú sentirlo en sus negruras hondas,
y tú sentirlo en sus altezas diáfanas.

Mientras aprendo a contestar, ¡oh amigo!,
tu pregunta abismática,
sigue a la letra mi consejo sano,

regla prudente de conducta sabia;
golpear en la puerta del misterio
es brega estéril de curiosas almas;
cierra los ojos para ver más claro,
vuela y no escarbes, sintetiza y ama,
y canta a la mujer cuando la veas
en el trono de reina de su casa,
o ante la cuna acariciando al hijo,
o ante el sepulcro derramando lágrimas,
o en las sombras de un claustro reclusa,
o esperando al esposo desvelada,
o en el templo cantándole a la Virgen
dudas, temores, inquietudes, ansias...

¡Cántala dondequiera que la veas,
ángel o mártir, heroína o santa!
Y si tienes un día
la pena de encontrarla
caída en los infames pudrideros
donde a los suyos el infierno enfanga,
y no puedes hacer el bien supremo
de redimir un alma...
en vez de una canción fustigadora,
dedícale en silencio un plegaria...

Mejor que ver la llaga al microscopio
es cubrirla de bálsamo y curarla.

La fuente vaquera Balada

Lejos, bastante lejos,
del pueblo mío,
encerrado en un monte
triste y sombrío,
hay un valle tan lindo
que no hay quien halle
un valle tan ameno
como aquel valle.

Entre sus arboledas,
por la espesura
solitaria y tranquila,
corre y murmura
una fuente tranquilina
y bullanguera,
a que dieron por nombre
Fuente Vaquera.

Está tan escondida
bajo el follaje,
guarda tanto sus aguas
entre el ramaje,
que cuando por el valle
va murmurando
toda clase de hierbas
va salpicando.

Unas veces sonrío
dulce y sonora,
y otras veces parece
que gime y llora,
y siempre de sus aguas
el dulce juego
arrullando, produce
grato sosiego.

Allí pasan las horas
en dulce calma,
allí meditar puede
tranquila el alma,
y todo son consuelos
para el que llora
al pie de aquella fuente
fresca y sonora.

¡Todo es allí sosiego,
calma, tristeza!
Las auras, que suspiran
en la maleza...
Los pájaros, que cantan
en la espesura...
El agua, que en el valle
corre y murmura...

Los arrullos del viento,
gratos y mansos...
Los juncos que vegetan,
en los remansos...
Los claros resplandores
del sol naciente,
que asoma entre vapores
por el Oriente...
Las tórtolas que arrullan
con armonía,
convidando a una dulce
melancolía...

.....
¡Todo, en fin, allí aleja

presentimientos,
trayendo a la memoria
mil pensamientos,
y adormeciendo el alma
con impresiones
que convidan a dulces
meditaciones!...

.....
Tal es Fuente Vaquera,
la hermosa fuente
que murmura en el valle
tan sonriente,
que en su margen tranquila
cantan amores
tórtolas, colorines
y ruiseñores.

Una hermosa mañana
de junio ardiente
salió el sol como nunca
de refulgente,
y pájaros y flores
con alegría
la bienvenida daban
al nuevo día.

Elevábase el astro
con gran sosiego,
esparciendo sus rayos
de luz de fuego
sobre el fresco rocío
de la mañana,
que formaba en los valles
mantos de grana.

Sacuden las ovejas
sus cencerillos,
y en el prado retozan
los corderillos,
que del rústico valle
sobre la hierba
forman jugueteando
linda caterva.

Al cielo sube el humo
de los hogares,
los gallos ya despiertan
con sus cantares,
y sacude la hermosa
Naturaleza

el tranquilo letargo
de su pereza.

Dejé el mullido lecho
con alegría,
cuando apenas rayaba
la luz del día;
carguéme diligente
con la escopeta,
y como siempre ha sido
medio poeta,

al nacer del gran Febo
la luz primera,
ya estaba yo en la hermosa
Fuente Vaquera...
Fuente en cuyas orillas
cantan amores
tórtolas, colorines
y ruiseñores.

Ocultéme en la margen
con el follaje,
y viendo las delicias
de aquel paisaje,
esperé silencioso
bajo la fronda,
viendo correr las aguas
onda tras onda...

Siguió el sol elevándose
resplandeciente,
y era ya tan molesta
su luz ardiente,
que, a medida que el astro
más se elevaba,
todo se iba durmiendo,
todo callaba.

Se inclinan en su tallo
todas las flores,
rendidas por los rayos
abrasadores,
y las aves se esconden
en las encinas
que a la tranquila fuente
crecen vecinas.

Sólo se escucha a veces,
del fresco viento,

las ráfagas que lanza,
sonoro y lento...
El agua, que su curso
nunca suspende...
El rumor de una hoja...
que se desprende...

El pñar apagado
de alguna alondra,
que entre las verdes matas
busca una sombra...,
y los ecos lejanos
de los zumbidos
de insectos, que en los aires
vagan perdidos...

Lejos de la apacible
Fuente Vaquera,
que corre por el valle
tan placentera,
existe un solitario
y oscuro monte,
que encierra los confines
del horizonte.

Al compás de las auras,
lenta se inclina
altiva, corpulenta
y añosa encina,
y entre sus verdes ramas
aprisionado
tiene una tortolilla
su nido amado.

En él está arrullando,
dulce y sonora,
a los amantes hijos
a quien adora,
gozando en su coloquio
de las delicias
que sus hijos le endulzan
con sus caricias.

El calor la atormenta,
la sed la abrasa,
y dejando con pena
su pobre casa,
les dio con un arrullo
la despedida
a los hijos queridos

que eran su vida;

batió sus puras alas
tendió su vuelo
cruzó por los espacios
del ancho cielo,
y pensando en sus hijos,
se fue ligera
a beber a la clara
Fuente Vaquera.

¡Ay! ¡Dónde irá esa madre
tierna y sencilla!...
¡Dónde irá tan ligera
la tortolilla,
mirando a todas partes,
amedrentada,
al verse sola y lejos
de su morada!...

¿Por qué deja sus hijos
abandonados,
y ella, cruzando espacios
tan dilatados,
va surcando los aires
rápidamente
a beber en las aguas
de aquella fuente?...

¡Pobre madre, si, ansiosa,
vuelve a su nido
y sus amantes hijos
ya se han perdido!...
¡Pobres hijos, si, a causa
de abandonarlos,
no volviera su madre
nunca a arrullarlos!...

Por el verde follaje
casi cubierto,
yo, casi más que un vivo,
parezco un muerto,
y mudo y silencioso
presto mi oído
al eco que produce
cualquiera ruido.

Al columpiar las hojas
el viento blando,
pájaros me parecen

que van volando,
y con mi diestra mano
nerviosa, inquieta,
alzo la curva llave
de la escopeta.

Sobre la verde copa
de vieja encina,
que cubre aquella fuente
tan cristalina,
una tórtola hermosa
paró su vuelo,
mirando la corriente
del arroyuelo.

Lanza su blando pecho
tiernos arrullos,
que no imita la fuente
con sus murmullos,
y a los lados humilde
mira asustada,
débil, inquieta, esquiva
y amedrentada.

Tendió después su vuelo
pausadamente,
y al llegar a la orilla
de la corriente,
sobre la verde alfombra
lenta se posa,
débil y acobardada,
triste y medrosa.

Dirige luego el paso
tímidamente
hasta tocar la margen
de la corriente,
donde, el agua fingiendo
cuadros de plata,
le recoge su imagen
y la retrata.

Yo, silencioso, en tanto
que la espiaba,
mi artística escopeta
ya preparaba,
y ocasión esperando,
cual diestro espía,
afiné cuanto quise
la puntería.

Disparé... ¡Sonó el tiro
ronco, tremendo!...
El arroyuelo manso
siguió corriendo.
El viento entre las hojas
siguió sonando
con un eco apacible,
sonoro y blando...
¡Y vi la tortolilla,
que ya sufría
las tristes convulsiones
de la agonía!...

Cogí tan apreciado
tierno despojo;
su hermoso pecho estaba
de sangre rojo,
rojas las aguas puras
del arroyuelo,
que corrían llorando
con triste duelo,
y mis ardientes manos
también manchadas
de sangre, enrojecidas
y salpicadas.

Con ellas oprimía
su pecho blando:
sus latidos se iban
amortiguando,
y cerraba sus ojos
pausadamente,
su cabeza inclinando
lánguidamente...

.....
Yo vi en sus turbios ojos
el sentimiento
y las fieras angustias
de su tormento,
porque del nido lejos
agonizaba
y a sus pobres hijuelos
solos dejaba.

Conocí en sus miradas
bien claramente
esa inquieta agonía
del inocente,
que sufre los rigores
de su destino

muriendo por las manos
de un asesino.

Aquella pobre madre
casi expirante
era la madre tierna,
la madre amante,
que a sus hijos no pudo
darles en vida
una lágrima dulce
de despedida.

Y aquella tierna madre,
cuando sufría
la convulsión postrera
de la agonía,
me dijo con sus ojos
casi nublados
que dejaba dos hijos
abandonados.

Yo comprendí lo injusto
de aquella muerte;
mas la víctima estaba
fría e inerte...
y una lágrima amarga
por mi mejilla
rodó, cuando vi muerta
la tortolilla.

.....
Desde entonces no quiero
que un inocente
de alguna injusta muerte
se me lamente,
y diga con sus ojos
casi nublados
que deja sus hijuelos
abandonados.

Y en vez de estar cazando
la tarde entera
junto a la cristalina
Fuente Vaquera,
voy a ver cómo en ella
cantan amores
tórtolas, colorines
y ruiseñores,
y cómo de aquel monte
sobre las lomas
arrullan solitarias

blancas palomas.

San Saturnino, julio de 1889

Las hazanas de «coral»
A mi compañero de
caza don J. de la F. A.

Con la canana llena
de municiones,
y el morral atestado
de provisiones,
la escopeta brillante
como unas ascuas,
el Coral tan alegre
como unas Pascuas,
la petaca bien llena
de cigarrillos
y las manos metidas
en los bolsillos,
salíme ayer al coto
muy de mañana,
dispuesto a no dejarme
tórtola sana,
ni perdiz, ni conejo
que no matase,
ni codorniz, ni liebre
que lo contase.

¡Qué mañanita hacía
tan deliciosa!
¡Qué brisa la del monte
tan olorosa!
¡Qué aurora tan radiante!,
¡qué algarabía
de pájaros cantores
la que se oía!
Henchía los pulmones
un airecillo
con aromas de espliegos
y de tomillo;
flotaban las neblinas
en la hondonada,
bramaban los becerros
en la majada,
las alondras corrían
por los caminos,

las urracas chillaban
en los espinos,
silbaban los vaqueros,
cantaba el cuco
y graznaba el imbécil
abejaruco.

Al salir el sol claro
del nuevo día,
todo resucitaba,
todo reía.

Esponjaban sus plumas
las tortolillas,
desplegaban el moño
las abubillas,
saltaban los pardillos
junto a la fuente,
se bañaban los tordos
en la corriente,
dormitaba el milano
sobre el peñasco,
el lagarto bullía
bajo el carrasco,
y metiendo el piquito
bajo las alas,
se espulgaban las firras
y las zorzalas.

¡Vaya una mañanita
la tal mañana!
¡Vaya un olor a heno
y a mejorana!
Mi perro retozaba
como un ternero.
¡Es el perro más bruto
del mundo entero!
«Vamos, Coral -le dije-,
basta de bromas
y echemos una mano
por estas lomas.
Si tienes buenos vientos
y me obedeces
yo te he de dar el premio
que te mereces;
pero si eres muy loco,
si eres muy malo,
te daré pocos mimos
y mucho palo.
Cuando caiga una pieza,
vas a buscarla,
y la traes en la boca

sin destrozarla.
No hagas barbaridades
sin ton ni fruto,
mira que tienes pinta
de ser muy bruto,
y si me armas alguna
por ser violento,
te pego una paliza
que te reviento.»
El perro me miraba
como un idiota,
sin menear siquiera
la cabezota;
yo seguí mis sermones,
mas de repente
levantó una patata
tranquilamente,
y ante mis propias barbas
hizo una cosa
poco limpia y muy poco
respetuosa.
Al empezar la mano,
junto al camino,
vi posada una alondra
sobre un espino;
la tiré; cayó muerta
y a escape el perro
la apresó en sus enormes
dientes de hierro.
¡No le duró en la boca
medio minuto!
¡Yo no he visto en mi vida
perro más bruto!
Se tragó el pajarillo
más fácilmente
que se traga una píldora
Pé de la Fuente.
Y mientras yo, furioso,
le reprendía,
me miraba el imbécil
y se lamía.
«¡Tragaldabas, idiota,
-le dije al punto-:
si la hazaña repites,
te descoyunto!
¡Si vuelves a las mismas
hoy mismo mueres!
¡Tragaldabas, idiota!
¡Qué bruto eres!»

En el mismo momento
de estar hablando
una tórtola cerca
pasó volando.
La tiré como quise,
rompíla un ala
y cayó redondita
como una bala.
Lanzóse encima el perro
medio aturdido,
le llamé quince veces
a grito herido
y no le dio la gana
de respetarme,
ni de dejar la tórtola,
ni de escucharme.
Cuando yo fui corriendo
donde él estaba,
de la tórtola herida
sólo quedaba
una pluma de un ala,
la cabecita,
y dos o tres dedillos
de una patita.
Y el bárbaro del perro
vuelta a mirarme,
y hasta alzó las manazas
para halagarme.
Quise ahogarle allí mismo,
mas tuve calma
y le dije muy serio:
«Coral del alma,
como eres tan brutazo,
tú habrás creído
que has hecho ya dos gracias;
¡pues no, querido!
Has hecho dos gansadas
de las peores
que pueden hacer perros
de cazadores.
¡U obedeces a ciegas
si yo te miro,
o antes de diez minutos
te pego un tiro!»

Y seguimos cazando
tranquilamente
por la falda suave
de la pendiente.
De pronto, salen juntas

cuatro perdices,
que a poco no se posan
en mis narices;
apunté a la primera,
llamé la llave
y cayó como un trapo
la pobre ave.
El Coral, más ligero
que una centella,
de cuatro o cinco saltos
se echó sobre ella.
Yo ya no me entretuve
con más llamadas
y llegué donde el perro
de tres zancadas.
¡Yo no he visto en mi vida
perro más bruto!
Si llego a entretenerme
medio minuto,
no tengo ni el consuelo
de ver la huella
del cuerpo de la hermosa
perdiz aquella.
¡Gracias a que el muy bruto
se la quería
tragar de un par de golpes
y no podía!
Lo cogí, lleno de ira,
de una orejaza,
le metí la escopeta
por la bocaza,
y así pude arrancarle
de los dientazos
la perdiz destrozada
casi en pedazos.
Pareciéndome aquello
castigo chico,
le pegué diez cachetes
en el hocico,
le puse a las narices
la perdiz muerta
y le dije indignado:
«¡Boca de espuerta!
El buen perro no come
pieza que cobra.
Di: ¿no tienes en casa
pan que te sobra?

Traga-buches, infame,
mal educado,

¿sabes que mis sermones
te han reformado?
No te mato ahora mismo
de un estacazo
porque soy menos bruto
que tú, brutazo;
mas como mi consejo
no te aproveche,
yo le diré al tío Pincos
que te escabeche.
Si vivir siempre a gusto
conmigo quieres,
medita, Coralito,
lo bruto que eres,
y si es que tu torpeza
no tiene cura
le encargará al tío Pincos
la sepultura.
Vámonos hoy a casa.
Yo te perdono
y no quiero guardarte
rencor ni encono.
Solamente hoy te impongo
como castigo,
contarle tus hazañas
a un buen amigo
que también tiene un perro
tocayo tuyo,
solo que tú no llegas
a donde el suyo.
¿Quieres saber la causa?
Pues te la digo:
¡Es... que tú eres más bruto
que el de mi amigo!»

Mal educado estaba el gran Coral,
pero ya no está mal; está muy mal.
Ya no come las piezas que levanta,
pero hace algo peor: me las espanta.
¡A este perro cerril no hay quien lo dome!
La caza que le mates, se la come,
y si piezas de caza no le matas,
se dedica a cazar grillos y ratas.

Por ver si muda de conducta y traza
llevélo ayer a Peñalniño a caza.
Peñalniño es un cerro alto, gigante,
al cerro de la Cruz muy semejante:
pero está más tendido, es más bajito,
más abundante en caza y más bonito.

¡Hasta estos pedacitos de la sierra
son aquí más bonitos que en tu tierra!

Pues, como iba diciendo, fuime al cerro
y me llevé los galgos con el perro
a ver si este gandul se enmienda algo
yendo a mi lado y entre galgo y galgo.
¡Como no lo reviente o lo deslome,
a este perro cerril no hay quien lo dome!
¡Y menos mal que ha demostrado, al menos,
que tiene vientos, pero vientos buenos!
Mas es un bruto que, en oliendo caza,
pierde el juicio, el respeto y la cachaza.

Cuando entramos ayer en cazadero,
cazaba con tal calma y tal salero
que me obligó a pensar subiendo al cerro:
¿Si habré sido yo ingrato con el perro?
¿Si al juzgarle me habré yo equivocado
y le habré injustamente calumniado?
Ese modo de andar, esa cachaza,
esas posturas de excelente traza,
esa dilatación de las narices
que acaso ya ventean las perdices,
ese cuello tendido hacia adelante,
esa mirada vaga, chispeante,
y ese modo de alzar su gran cabeza
buscando el viento de la oculta pieza,
son indicios, al menos, de que el perro
sabe que está cazando en este cerro.

Si echa una pieza y se la tiro, y cae,
y sabe obedecerme, y me la trae,
-¡me acabé de lucir, Coral querido!-
tendré que confesar que te he ofendido
y que tienes un amo muy ligero,
calumniador, injusto y embustero.

Así iba yo pensando tristemente
cuando el perro se para y, de repente,
cerro arriba arrancó como un venablo,
¡como alma de ladrón que lleva el diablo!
¿Serán conejos o serán perdices
lo que van venteando sus narices?
-¡Coralito -le dije-, espera un poco!
¡Espérame, Coral, y no seas loco!
¡¡Ven aquí, Coralón, no me impacientes!!
¡¡Coralazo, gandul, así revientes!!
Y gritando y corriendo tras el perro,
por la cuesta más áspera del cerro

se me fueron los pies por un peñasco,
y de cara caí sobre un carrasco.
Sin respirar me levanté ligero,
recogí la escopeta y el sombrero
y rascándome un poco las narices,
de nuevo eché a correr tras las perdices.
¡Todo fue inútil! El gandul del perro,
las echó hacia la cúspide del cerro,
y viéndolas volar quedé parado
con la boca entreabierta y atontado.
Además de quedarme sin perdices,
pude también quedarme sin narices.
Se redujo la cosa a un arañazo,
un pequeño chichón y un buen zarpazo;
pero, aun librando bien, aquel que quiera
saber lo que es caer de esa manera,
¡que se deje rodar por un peñasco
y se caiga de cara en un carrasco!

El perro regresó triste y arisco
y sentóse a la sombra de un torvisco;
yo no quise ni hablarle de perdices,
ni siquiera enseñarle mis narices,
¡Al que no se hace bueno con sermones,
se le obliga a ser bueno a pescozones!

Le di media docena de primera,
mimé a los galgos para que él lo viera,
fumé un cigarrillo, descansé un poquito
¡y adelante otra vez, que es tardecito!

Del prado Verdinal, junto a la esquina,
en una carrasquera chiquitina,
de nuevo el perro se quedó parado
y púseme en seguida yo a su lado,
dispuesto a fusilar lo que saliera
de aquella miserable carrasquera.
Yo, por más que miré nada veía,
pero el perro la muestra no rompía;
y ante fijeza tal y tal postura,
me dije para mí: ¡liebre segura!
-¡Entra, Coral! -le dije al verle inerte.
-¡Entra, Coral! -le repetí más fuerte.
-¡Entra, Coral! -grité por vez tercera;
y el perro se lanzó a la carrasquera.

¡Oh vergüenza! ¡Oh dolor! ¡Oh triste chasco!
En lugar de salir de entre el carrasco
una liebre a saltar de mata en mata,
salió un lagarto de cabeza chata,
lomo verdoso, vivarachos ojos

y blanca panza con puntitos rojos.

Lo mismo que un ratón que ha visto al gato,
salió azarado el bicharraco chato,
y el perro se lanzó tras él más listo
que el gato hambriento que al ratón ha visto.
A cambio de un mordisco en una mano,
diole el perro un zarpazo soberano,
echóle el diente y el reptil arisco
le atizó en el hocico el gran mordisco.

Debió ser un mordisco sandunguero
porque el perro gruñó muy lastimero,
flojó los dientes, escurrióse el bicho
y cojo y todo se metió en su nicho.

A casita, Coral, que el sol se pone
y es posible que el morro se te encone.
Te doy mi enhorabuena más cumplida
por la dulce caricia recibida,
y me alegra en el alma, buen amigo,
de ver, tras tu pecado, tu castigo.
¿Confunden todavía tus narices
los lagartos con liebres y perdices?

Pues aprende, gandul, que esa es tu ciencia;
aprende a distinguir; y en penitencia,
mientras los dientes del lagarto alabo,
¡te rascas el hocico con el rabo!

A la muerte de mi hurón
(Elegía improvisada..., y así saldrá ella)
A mi muy querido amigo Ignacio Toledano,
compañero de excursiones «Ciquielunas».

Lágrimas tristes que corréis

a ríos
por estos ojos míos
que son testigo de mi infausta suerte,
¡corred hasta el sepulcro abandonado
del amigo adorado
que sin piedad me arrebató la muerte!

¡Depositad sobre su tumba fría
la fúnebre elegía
que le dedica un corazón sensible!
¡Verted por él inconsolable llanto,
y que este humilde canto

le sirva de corona inmarcesible!

¡Pobre Ciquiel!, de tu olvidada fosa,
yo grabaré en la losa
un cantar que dirá de esta manera:
«Aquí yace un hurón noble y honrado,
que era el Sultán llamado
por los conejos de la sierra entera.

Músico, pobre, gárrulo y sencillo,
mi pobre Ciquielillo
tocaba el cascabel con cierto arte;
mas le hicieron dejar el instrumento,
y a lo mejor del cuento
se nos fue con la música a otra parte.

De mi pueblo en la sierra solitaria,
en vez de una plegaria,
resuenan mil canciones a lo lejos,
y es porque, del vivir en el encierro,
te cantan el entierro,
con cruel regocijo los conejos.

En su morada subterránea y fría
celebran una orgía
en honor de tu muerte, Ciquielillo.
¡Ay de todos si tú resucitaras
y el cascabel sonaras
de repente a la puerta del pasillo!

¿Oyes qué ruido en el vivar retumba?
¡Álzate de esa tumba
porque están de tu honor haciendo trizas!
Preséntate en la sala de sesiones
y empieza a pescozones
porque están injuriando tus cenizas.»

En más de cuatro vivares,
cuando tu muerte supieron,
los conejos se reunieron
en conclave fraternal,
para celebrar la muerte
de aquel que cuando vivía
clavaba... donde podía
sus colmillos de chacal.

De un vivar sobre la puerta,
cuando tu muerte supieron,
con las uñas escribieron
este infamante cartel:

«Durante dos o tres meses
en todos estos bibales
se cantarón funerales
por el físico Ciquiel.»

En otro vivar del monte
celebraron una orgía,
y al rayar la luz del día
se reunieron en sesión;
y unánimes acordaron
salir de su oscuro encierro
para cantarte el entierro
en solemne procesión.

¡Qué canallas! ¡Qué guasones!
Todos ser curas querían
y méritos aducían,
de su pretensión en pro:
-¡Yo he escapado cuatro veces!
-Pues de poco usted se queja:
¡A mí me rasgó una oreja!
-Y a mí también me atentó.

-¿Qué vale eso que tú dices?
Yo, al salir por el pasillo,
me lo encontré de narices
y nos liamos los dos;
y, si me descuido un poco
y no encuentro a la carrera
la puerta de la escalera,
¡me divierto, como hay Dios!

-¿Y yo, que estaba en el patio
arrancando una retama?...
-¿Y yo, que estaba en la cama
cuando en casa se coló?...
-Pues eso no es nada, hermanos.
¡Yo tengo un ojo vacío
y tengo un labio partío
de dos besos que me dio!

En fin, allí se increparon
en forma insolente y dura,
y al cabo el cargo de cura
se sometió a votación;
votaron alborotados,
y aquel del ojo vacío,
aquel del labio partío
fue cura en la procesión.

¡Pobre Ciquiel! ¡Si supieras
cuánto de ti se rieron!
Todos del vivar salieron
ansiosos de retozar;
y al brillar del alba pura
los resplandores rosados,
ya estaban todos formados
a la puerta del vivar.

Todos en los pies traseros
encabritados andaban,
y con las manos llevaban
insignias de procesión.
Uno con la manga fúnebre,
que era un trozo de retama,
y otro con una gran rama
de tomillo por pendón.

De una agalla perforada
hicieron un calderete,
y un conejillo vejete
¡qué disparate hizo en él!
Y dos muy tiesos llevaban,
en los hombros sostenido,
un palo seco y tendido
que simulaba Ciquiel.

El cura, aquel cura tuerto
que era más feo que Tito,
sólo llevaba un palito
que en hisopo convirtió;
y el libro de los latines,
que llevaba un monaguillo
era un forro de un librillo
que algún cazador perdió.

En dos hileras muy largas
se fueron acomodando
y el gori-gori cantando,
tendióse el cortejo aquel
hacia un barranco relleno
de estiércol amontonado...
¡Era el sitio destinado
para enterrarte, Ciquiel!

Dos conejos con las uñas
abrieron tu sepultura
en el montón de basura,
chirriando de dolor;
mas luego que estuvo abierta

y en ella tu efigie echaron,
como locos empezaron
a bailar alrededor.

¡Qué escándalo!, el cura tuerto
te dio tales hisopazos,
que sobre ti en dos pedazos
roto el hisopo quedó;
y aquel que llevaba... aquello
metido en la caldereta,
hizo al aire una pirueta
y encima de ti lo echó.

El monaguillo del libro,
que era el de la oreja rota,
hasta hizo horrible chacota
de los latines también;
pues cantaba dando saltos:
«¡Non haberis mas mordiscum!
¡Ciquiélibus moriuni tísiquum!
¡Requiescant in pace, amén!»

Cansado por fin el cura
de aquella danza maldita,
con alegría inaudita
tierra al palitroque echó;
holló y echó más de nuevo,
para hacer mayor la carga,
y con la uña más larga
este epitafio escribió:

«Aquí yacen los restos asquerosos
del tísico Ciquiel.
Por mí, que se lo lleven los demonios,
si es que pueden con él.
Murió este bicho repugnante y feo
de tisis pulmonar;
si lo hubieran ahogado al nacedero,
no hubiesen hecho mal.
De dos mordiscos me rasgó este labio
y un ojo me sacó:
¡que muerdan los gusanos en los ojos
del que tanto mordió!

«¡Que se lo lleven todos los demonios
que viven con Luzbel!,
y que no quede casta en esta tierra
del tísico Ciquiel!
¡Y caiga un rayo en el sepulcro negro
de este ladrón sin par,

no haga el diablo que un día este asesino
vuelva a resucitar!»

Mañanas y tardes
Sueños

¡Gloria al Señor que puso
mi pobre cuna
donde hay estas estrellas,
y hay esta luna,
y hay estas flores,
y hay estas dulces auras,
y hay estas noches!
(Antonio de Trueba)

- I -

La tarde está serena, la
calma es tanta,
que ni llora el arroyo, ni el ave canta;
la ráfaga de viento, que a veces pasa,
llanuras y sembrados, todo lo abrasa.

El astro bochornoso que reverbera
convierte las llanuras en una hoguera;
crujen unas con otras las cañas huecas;
las doradas espigas estallan secas,
y en el fondo pardusco de la barranca,
el agua del arroyo su curso estanca.

Tan pesada es la calma, tal el bochorno,
que la abrasada tierra parece un horno.

Las alondras reposan en sus solaces,
las codornices duermen bajo sus haces,
los lagartos, que salen de su agujero,
cruzan algunas veces por el sendero;
la perdiz a sus hijos, cauta, reclama
bajo la tibia sombra de la retama,
y uniendo sus cabezas abochornadas
dormitan las ovejas en las cañadas.

Llega el sol a la cumbre de su apogeo;
duermen algunos bueyes en el rodeo,
y otros van a la oscura charca verdosa
para ahuyentar la mosca que los acosa.

Trabajan en las eras lentas las reses,

en derredor girando sobre las mieses;
bajo el trillo, que arrastran con lento empuje,
la seca paja estalla, se rompe y cruje;
el ruido de la marcha casi ensordece,
el choque de las mieses casi adormece.

Al son con que el cambizo lento rechina
responde el de la parva que está vecina;
desparrama el labriego los secos haces,
y en el trillo se duermen ya los rapaces.

El perro perezoso se entrega al sueño
a la sombra del viejo carro del dueño,
y sacude la mosca que le molesta
turbando impertinente su dulce siesta.

Forma el trigo tendido redondas fajas
y cantan las chicharras entre las pajas.
Los pájaros se ahogan en el espacio
y hacen de las encinas fresco palacio;
ni canta la culebra, ni rana alguna
asoma la cabeza por la laguna;
en su casa escondidos callan los grillos,
y quedan en los prados secos tronquillos
del pasto saludable, fresco y lozano
que con rudos calores quemó el verano.

De la Peña del Niño por las laderas
quedan piedras, tomillos y carrasqueras.

Por evitar de Febo la ardiente lumbre,
las perdices se suben hacia la cumbre,
y armado de escopeta recorre el cerro
el cazador constante detrás del perro.

De las húmedas piedras por las rendijas
se ven salir a veces las lagartijas;
el sol despide fuego, fuego la tierra
fuego los pedregales de aquella sierra.

Sólo se ven en torno zarzas y espinos;
no transita un viviente por los caminos.

El viento con sus ráfagas lleva ligero
una nube de polvo por el sendero.

Siegan, unos tras otros los segadores
del sol bajo los rayos abrasadores;
entre espigas y cardos van encorvados,
bajo tantos calores casi agobiados,

y el dueño los vigila bajo una encina
que al árido sembrado crece vecina.

El caballo corriendo por el atajo,
va a humedecer su boca con el regajo;
el carro con las mieses lento camina
y al lento balanceo cruje y rechina,
y el buey, uncido al yugo, la cola enrosca
ahuyentando indefenso la inquieta mosca.

¡Largas tardes de agosto!... ¡Tardes de calma!...
¡en vuestras largas horas se duerme el alma!...

Si quisierais tristezas y soledades,
buscadlas en los tristes campos de Frades.

No busquéis en él nunca tiernos planteles
ni busquéis en sus campos lindos vergeles;
no busquéis en sus lomas los olivares;
buscad en sus laderas los tomillares.

No busquéis en sus pobres alrededores
jardines esmaltados de lindas flores;
ni hallaréis en sus cerros los naranjales,
ni veréis en su sierra lindos rosales.

No hallaréis en sus campos un paraíso,
que la Naturaleza darle no quiso.
Son sus áridos valles pobres plantíos;
son sus pobres cañadas vegas sin ríos.

Si visitáis sus montes y sus marjales,
veréis viejas encinas y matorrales,
y en vez de frescas bandas de azules violas
veréis entre los trigos las amapolas.

¡Buscad secos barbechos siempre agostados!...
¡Buscad la rubia espiga de los sembrados!...
¡Buscad cuando el gran astro lumbre fulgura,
una encina, una piedra y una llanura!...

En sus tristes y humildes alrededores
jamás cantar se oyeron los ruiseñores.
De sus montes de encinas por los confines,
saltan lindos chivones y colorines.

Gorjeadores alondras y golondrinas,
de sus pobres casitas son las vecinas,
y habitan sus laderas, montes y lomas,
las dulces tortolillas y las palomas.

No busquéis en sus sierras fieros torrentes;
buscad sus solitarias y ocultas fuentes;
no busquéis en el monte la catarata
que al bajar al abismo se desbarata;
buscad, en vez del río que se despeña,
el manantial, que fluye de negra peña;
y en vez de la cascada de las alturas,
buscad los arroyuelos de las llanuras.

¡Buscad secos barbechos, siempre agostados!...
¡Buscad la rubia espiga de los sembrados!...
¡Buscad, cuando el gran astro lumbre fulgura
una encina, una piedra y una llanura!...

- II -

Hay en medio de Frades rústico huerto,
que parece el oasis de aquel desierto.

Entoldan sus paseos los emparrados,
con sus brazos frondosos entrelazados;
despliegan las acacias sus anchas copas,
donde los gorriones cantan en tropas.

Son las tapias del huerto de vieja piedra,
que cubre cuidadosa la verde yedra;
las auras vespertinas y matinales
juegan con los cerezos y los perales;
tapizan sus paseos yerbas silvestres,
y en los rincones crecen flores campestres.

Los alegres manzanos cuando florecen
dan sombra a las verduras que abajo crecen.

Si un aroma se aspira dulce y ligero,
es el aroma dulce de algún romero.

Junto a la vieja tapia crece y vegeta
el junco del pantano con la violeta,
y unen abrazos tiernos y fraternales
las verdes zarzamoras con los rosales.

El viento se embalsama con los olores
de aquellas coloradas y lindas flores,
y junto a la violeta crece amarilla
exhalando su aroma la manzanilla.

Hay entre las verduras una fontana,
do el agua para ellas tan clara mana,
que a la vez se reflejan en sus cristales

dos manzanos, tres guindos y tres rosales.

Y al pie de esta fontana, tan pura y bella
vive el amargo ajeno con la grosella,
y de igual modo vive, crece y se hermana
la colorida fresa con la romana.

En esas mañanitas del mes de mayo,
antes que el sol nos mande su ardiente rayo,
de aromas y armonías hay un concierto
dentro de aquel silvestre y alegre huerto.

Cuando la luz asoma por las colinas,
ya cantan en los guindos las golondrinas,
y antes que el sol derrame luz sobre el suelo,
ya las pardas alondras suben al cielo.

Hay cerca de aquel huerto viejos cercados
y viejas encinitas y viejos prados,
y entre estas encinitas, casi cubierta,
canta la tortolilla cuando despierta.

En los rojos tejados de aquella aldea
el tordo se despluma, silba y gorjea,
y chillando a su lado sobre el alero
el gorrión inquieto salta ligero.

Se revuelcan y charlan en los corrales
las alegres gallinas con los pardales;
despierta la paloma madrugadora
cuando el astro naciente las lomas dora,
y dejando en parejas los palomares,
por el cielo del huerto cruzan a pares.

Los cargados manzanos abren sus flores;
la humilde manzanilla despide olores,
y olores dan la rosa y la romana,
que vegeta en la orilla de la fontana.

En las ramas nudosas de los manzanos
depositan sus larvas pardos gusanos;
las constantes arañas tejen sus redes
en las húmedas grietas de las paredes,
y trepan las hormigas por su sendero
que suele ser el tronco de un limonero.

Previsora, constante, madrugadora,
inteligente, sabia, trabajadora,
en busca de sus flores sola se aleja
y su oscura colmena deja la abeja.

Insectos, flores y aves en dulce salva
saludan con sus ruidos la luz del alba,
que asoma sonrosada, bella y riende,
recostada en las lomas del Claro Oriente.

- III -

Mes de agosto ardoroso, serena tarde;
arde el sol en el cielo; la tierra arde.

Todo, todo, en la aldea reposa inerme...
el hombre, el ave, el bruto, todo se duerme...
y cuando el mundo vivo parece muerto
yo, que soy el que velo, me voy al huerto.

Allí, bajo la sombra de un emparrado,
de marillentas hojas entrelazado,
hago lecho mullido del verde suelo
y mis cansados ojos fijo en el cielo.

Mis párpados se entornan pausadamente;
confuso mar de ideas turba mi mente...
mi pensamiento flota, vago..., perdido...,
y, cerrando mis ojos, ¡quedo dormido!...

.....

En las tardes de agosto, tardes de calma,
en cuyas largas horas se duerme el alma,
después que me embriaga dulce beleño
y me quedo dormido..., ¿sabes qué sueño?

Sueño que voy cruzando por un desierto,
un mar sin fin de arenas, un mar sin puerto.

Lágrimas de agonía vierten mis ojos
porque mis pies heridos pisan abrojos.

En medio del desierto sueño que existe
un albergue que sirve de alivio al triste;
un oasis bendito, do el peregrino
alivia las fatigas de su camino.

Es el rey del oasis un niño alado,
que aquel edén hermoso vigila armado.

En una aguda flecha guarda amoroso
un licor sonrosado, dulce y sabroso.

Cuando a algún peregrino la sed abrasa
y cerca del oasis llorando pasa,
a recibirle sale solo y armado,

con una de su flechas el niño alado.

Y el arma punzadora lanza certero
al corazón marchito de aquel viajero
que, entrando del oasis bajo el ramaje
refresca los ardores de su viaje.

Y mientras a la sombra duerme y descansa
a sus pies una fuente resuena mansa.

El niño de las alas su sueño vela;
su espíritu cansado soñando vuela,
y el licor de la flecha del niño alado
su corazón ardiente tiene embriagado.

Y, mientras a la sombra yace dormido,
viene con sus acordes a herir su oído
un coro de angelitos que, en derredor
del lecho del viajero, dicen: «¡Amor!...»

.....

Y yo sigo soñando..., sigo soñando
con otros peregrinos que van llegando
al oasis bendito de aquel paraje,
mitad de su penoso, largo viaje.

En medio del desierto, solo, afligido,
fatigado, lloroso, triste, perdido,
el último de todos voy caminando,
¡siempre pisando abrojos!..., ¡siempre llorando!...

Lanzado en el desierto por mi destino
no llego al fin querido de mi camino,
y el corazón se ahoga casi abrasado
sin el licor sabroso del niño alado.

En medio del oasis y en él gozando
a ti, Casto querido, te vi cantando.

De un árbol oloroso bajo la sombra
y apoyado a tu lado sobre la alfombra,
vi un ser, que dulcemente te sonreía
y oí distintamente que te decía:

«Tú cruzaste un desierto para buscarme
y entraste en este oasis para adorarme.
Si el resto del desierto juntos cruzamos
y al fin de la jornada juntos llegamos,
viviremos felices, sin duras penas,
¡aun yendo del desierto por las arenas!»

Y tú, que lo escuchabas, de allí saliste
y aceptando el apoyo que le ofreciste,
os vi llenos de gozo, cruzando luego
aquel desierto inmenso lleno de fuego...

Rendido de cansancio, lleno de pena,
y con mis pies hollando la ardiente arena,
os perdieron mis ojos..., ¡que se cerraban
sin llegar al oasis que divisaban!

Y tendido entre espinas, sin esperanza
de hallar jamás el puerto de mi bonanza,
exclamaba llorando: «¡Dios mío!... ¡No puedo!...
Estoy aquí tan solo, que... ¡¡tengo miedo!!...»

Quemaba con sus rayos el sol de estío
y el corazón sentía yerto de frío.

Cubrió mis turbios ojos un negro velo,
alcéme amedrentado del duro suelo,
y al extender mi vista por el desierto...
.....
¡desperté en mi silvestre y alegre huerto!

- IV -

En las dulces mañanas del mes de mayo,
cuando el sol nos envía su primer rayo,
voy al huerto a sentarme, porque en el huerto
hay de aromas y ruidos dulce concierto.

Recostado en la alfombra del verde suelo
y siempre con mi vista fija en el cielo,
percibo en torno mío ricos aromas
que me manda el tomillo desde sus lomas.

Mis párpados se entornan... ¡Estoy despierto
y sueño nuevamente con el desierto!

Sueño que voy andando..., que voy andando
y que al hermoso oasis estoy llegando,
y lo veo tan cerca, que me convida
a vivir una dulce y alegre vida...

Y tanto me aproximo que te diviso
vagando entre el follaje del paraíso.

Al ser que te acompaña le ofreces flores,
flores que en vez de aromas vierten amores.

Al tender tu mirada por el desierto,

me viste caminando con paso incierto,
y no lloraste viendo mi gran quebranto,
porque en aquel oasis no existe el llanto.

.....
Antes de la dorada y hermosa puerta
de la mansión aquella, que estaba abierta,
había un gran abismo, profundo, hondo...,
sin medida, sin término, sin luz, sin fondo.

Al ponerme a la orilla tímidamente,
un vértigo espantoso turbó mi mente;
y casi loco, débil y suspendido
sobre aquel precipicio, perdí el sentido....

.....
Al recobrarlos luego, te vi a mi lado
dentro ya del oasis del niño alado,
y supe que, alargando tu diestra mano,
me salvaste la vida como a un hermano.

Al verme ya en aquella mansión querida,
sentí mi pobre alma de amor herida,
y el licor misterioso del niño alado
mi corazón tenía casi embriagado.

Y vi, en el paraíso de las delicias,
un ser que me halagaba con su caricias,
y al pronunciar mi nombre sus labios rojos,
desperté de mi sueño... y abrí los ojos.

- V -

En las tardes de agosto, tardes de calma,
en cuyas largas horas se duerme el alma,
mis penas y mis ansias doy al olvido
y a la sombra de un árbol sueño dormido.

Sueño con el desierto y el paraíso,
que en las tardes de agosto nunca diviso,
y, aunque esparce sus rayos el sol de estío,
el corazón me queda yerto de frío.

- VI -

Pero, ¡ay!, en las mañanas del mes de mayo,
cuando el sol nos envía su claro rayo,
solo y meditabundo me voy al huerto
y a la sombra de un árbol sueño despierto.

Sueño con el desierto y el paraíso,
que en estas mañanitas cerca diviso,
y aunque a mi lado fría la brisa pasa,
mi corazón sensible..., ¡ay!..., ¡se me abrasa!

Suspiros

Solo, triste, perdido sin

sosiego
del mar del mundo en las inquietas olas,
sin apagar de mi dolor el fuego
vuelvo de nuevo a lamentarme a solas.

Ha tiempo ya que entre celajes de oro
hermoso edén en mi ilusión soñé.
¿Quién mi ilusión arrebató?... Lo ignoro.
¿Quién goza en mi martirio?... No lo sé.

Yo sólo sé que mitigar deseo
este pesar que arrebató mi calma;
la causa de mi pena no la veo,
y, sin embargo, me desgarra el alma

Tal vez será que el alma se lamente
en fuerza de sufrir, ya sin motivo;
pero mi pobre corazón no miente
y me hace ver las penas en que vivo.

Nadie comprende porque a nadie importa,
las tristes penas de mi vida amarga;
vida que en dicha y en placer es corta
y en desventuras y en sufrir, muy larga.
¿Quién causó mi placer? Un sueño necio.
¿Con quién soñó mi alma? Con un bien.
¿Quién causó mis angustias? Su desprecio.
¿Quién mató mis ensueños? Su desdén.

En medio de mi pena y desconcierto
no tengo nunca un cariñoso amigo
que me enjague las lágrimas que vierto
y se venga a llorar también conmigo.

Aunque lo quiera y aunque así lo anhele,
no ha podido encontrar el alma mía
ningún amigo fiel que me consuele
cuando yo le contase mi agonía.

Siempre sufriendo mi crüel martirio
turbado veo mi soñado edén,
y la niña que amaba con delirio
ha pagado mi amor con un desdén.

Su mirada de angélico candor
no quiso mi pesar calmar jamás.
¿Y con qué le he pagado?... ¡Con mi amor!
¿Y cuál es mi venganza?... ¡Amarla más!...

¡Patria mía!

...porque has de saber, amigo
mío, que todos los años, en

el

verano, hago un cantar
para mi pueblo.
Y te mando este -el cantar-
porque algo te corresponde de él.
Si te extraña de que en el
siglo que corre haya todavía
hombres que se ocupen en cosas
tan inocentes, satisfaceré y haré
desaparecer tu extrañeza,
natural en un chico fin de siècle,
contestándote que aún quedan
en el mundo hombres honrados.
(J. M.^a G. y G.)
15 septiembre 1892

- I -

Rodando en la corriente del
mundo vano
como rueda una arena sola y perdida
me encontré con un hombre, llamélo hermano
y te lo di por hijo, patria querida.

Pasado luengo tiempo, te abandonaba,
y en unión de aquel hombre yo visitaba
la tierra en que se asientan sus pobres lares...
¡y canté aquella patria que se me daba!...
¡Maldita sea la lira con que cantaba,
y malditos los ecos de sus cantares!

Yo no tengo más patria que esta aldeíta,
donde está todo el fuego de mi cariño;
el corazón sin ella se me marchita,
pero pensando en ella se vuelve niño.

¡Patria mía querida, que con tu aliento
haces quejar de nuevo con voz vibrante
la fibra más doliente del sentimiento
que se oculta en el pecho de un hijo amante!...,

no llores, si aquel hombre de quien te hablaba
no ha venido a abrazarte y a conocerte;
no admitas aquel hijo que yo te daba,
si en un lejano día viniese a verte.

No amargues con tu llanto mi pobre vida,
porque aquí estoy yo solo para adorarte;
duérmete y no me llores, porque, dormida,
me tendrás a tu lado para cantarte,
¡patria querida!

Porque tú me adoraste con ardimiento,
porque tú me has amado con fe constante,
porque tú bendeciste mi nacimiento,
y no puedo olvidarme que, siempre amante,
de tu brisa amorosa con el aliento
tú me arrullabas,
cuando dormía
sobre mi cuna,
y me besabas
cuando reía
sin pena alguna,
con la alegría
de la ignorancia,
que el alma mía
ya no ha gozado
desde la infancia
ni un solo día...

- II -

Mi patria es la aldeíta donde he nacido,
donde tengo los padres que me criaron,
donde existen aún caliente mi pobre nido,
donde alientan los seres que me mimaron,
donde viven las almas que me han querido,
donde vuelan las auras que me arrullaron.

Si no fueron ingratos ni olvidadizos
los hijos que a tus pechos se amamantaron,
no llores tú desprecios de advenedizos,
que de pisar tu suelo se desdeñaron,
porque no eres la cuna de los hechizos
donde ellos se mecieron y se criaron.

Pero tú eres la virgen ruda y bravía
que escondes el tesoro de tu pureza,
más clara que los rayos del mediodía,
que tuestan tu morena gentil cabeza.
Eres la campesina que sólo ansía
ver sin hambre a tus hijos y sin tristeza;

por eso les regalas pan y alegría;
y si algún hijo indigno de tu ternura
por buscar más placeres se te extravía,
le dices: «Come, canta, trabaja y reza,
y no busques la senda que te hundiría
de ignorados abismos por la aspereza.»

No llores, pues, si un hombre te quiso un día
menospreciar acaso por tu rudeza,
¡no, patria mía!,
que si no eres del mundo la maravilla
ni eres de la hermosura supremo exceso,
eres la madre tierna, ruda y sencilla,
que a tus hijos veneras con embeleso;
y yo, sólo por eso, te quiero tanto,
que hasta llamarte madre mi amor me lleva,
y sólo tu recuerdo bendito y santo
me hace bueno, me arrastra, y hasta me eleva
desde el pantano
sucio y liviano
de las pasiones,
donde revuelcan
encenagados
los corazones
desesperados
sus ilusiones...,
hasta la cumbre
de paz y calma
de las virtudes,
en cuya lumbre
se inunda el alma
de resplandores,
se dignifica
con la agonía de los dolores;
se purifica
con la alegría de los amores.

- III -

¡Verdes lomas cubiertas de matorrales,
laderas guarnecidas de robledales,
nidal de negros cuervos y ruiseñores,
praderas salpicadas de manantiales,
archivo de recuerdos encantadores!...

¡Patria mía, que enciendes mis ideales,
que conservas la historia de mis mayores!...,
tú siempre has sido y eres la dulce idea
que ilumina mis sueños de resplandores,
que a mi espíritu enfermo cura y recrea,
que endulza de mi vida los amargores.

Porque haya habido un hombre que ingrato sea,
no quiero que te aflijas, ni que lo llores,
¡plácida aldea!,
que si a ese hombre le ha dado cuna ostentosa
aquella tierra hermosa, cuya preseña
borda de rubias perlas la mar furiosa
que con salvaje arrullo la galantea,
tú, más casta que ella, más candorosa,
la sencillez severa que te hermosea
guardas, como la virgen más pudorosa,
en el arco de montes que te rodea.

No llores el desprecio del hijo ingrato
de la altiva sultana, rica y liviana,
que es la más lujuriosa de las mujeres;
porque si él es el hijo de la sultana
que emborracha sus hijos con los placeres,
yo soy el hijo amante de la aldeana
que alimenta sus hijos con pan moreno,
y les dice, cual madre pobre y cristiana:
«Come, canta, trabaja, reza y sé bueno.

Tus desventuras
sufre con calma
noble y sincera;
¡y ama, si el alma
te lo pidiera!
Que el alma buena
se purifica
con la crudeza de los dolores;
se dignifica
con la pureza de los amores.»

- IV -

Tú, patria mía, no tienes de azahar un velo,
ni mares que te arrullen enamorados,
ni montañas que escalen el mismo cielo,
ni bosques con vergeles entrelazados.

Lucir tampoco puedes en tu garganta
de nácares y perlas rica preseña;
y aunque tú estás guardada de gente tanta
como a la gran sultana siempre babea,
ni la brisa marina tu frente orea
ni puede, aunque quisieras, gozar tu planta
las frescas humedades de la marea.

En tu suelo al viajero tampoco encanta
la luz de inmenso faro que cabrillea,
alumbrando al navío que se adelanta

y en noche borrascosa se balancea
sobre un mar encrespado que al hombre espanta,
y que a la luz siniestra que lo platea,
y a impulsos de la fuerza que lo levanta,
se agita, fosforece y amarillea,
duerme, ruge, suspira, murmura y canta.

Tú no eres la sultana que se recrea
en la misma belleza que la agiganta,
¡rústica aldea!...
Pero eres la aldeana trabajadora
que, al trabajo rendido y a las fatigas,
reclinas tu cabeza de labradora
sobre un haz de maduras, rubias espigas,
que este sol de Castilla calcina y dora.

Tú eres la esposa rústica, la madre sana
más casta, más salvaje que la sultana.
Si para ti no arrastran del mar las olas
aderezos de nácar, de maleagrina,
ni gárrulos concetos de barcarolas,
tienes, en cambio, campos de mies cetrina,
donde tú te brillantas y te arrebolas
bajo esta meridiana luz argentina
que, al vibrar de mil flores en las corolas,
tiñe a trozos tu manto de purpurina,
que Dios ha recamado con orla fina
de claveles azules y de amapolas...

Y todo ser que bulle, murmura o trina,
ruge, canta o se mueve sobre tu suelo,
es la voz de un concierto que sube al cielo;
la esencia inmaculada de aquella idea
que siempre de ti ausente canto y evoco,
¡gárrula aldea,
nido de un loco!...
Si son en ti dichosos tus moradores,
no te aflijas por nada, por nada llores,
que yo te adoro;
¡pero guarda la vida de mis mayores,
como un tesoro
constantemente!...,
porque, si yo te quiero como un demente
y te llamo en mi ausencia con hondos gritos
desgarradores,
¡es porque están contigo seres benditos
que son el amor santo de mis amores!...

- V -

Tu sol arde en el cielo como una hoguera;

sacude, patria mía, la cabellera
de tus viejas encinas y tus sembrados,
y mándame por ellos la brisa lenta
que agite mis pulmones congestionados
y humedezca mi boca que arde sedienta;
que sacuda mis miembros aletargados
y refresque mi frente calenturienta...

Ha mediado la tarde y el sol abrasa;
la espiga suelta el grano, chasca y se tuesta;
si corre el aura, escalda por donde pasa;
todo ser animado duerme la siesta...

¡Cántame alguna estrofa pesada y larga,
como las que cantabas cuando era niño...;
arrúllame este sueño, que me aletarga,
con un cuento de amores, en que el cariño
me transporte a otra vida menos amarga!...

¡Oh cuéntame una historia!..., mas no una historia
de esas que el alma quemar al escucharlas;
que labran hondos huecos en la memoria,
y que espantan y hieren al recordarlas.

Cuéntame historias largas de trovadores,
de bardos, de poetas y de mujeres...,
inyecta en mi cerebro sueños de amores,
y que, siquiera en sueños, tenga placeres...

¡Pero no! Si lo hicieras, ¡me matarías!
Haz que ningún recuerdo mi alma taladre.
Cuéntame lo que quieras de aquellos días
en que sólo soñaba yo con mi madre.

Emborráchame el alma con regodeos
y apariciones místicas de la pureza...,
y déjame este cuerpo sin los deseos
del ensueño letárgico de la pereza...

Duérmete tú conmigo desde esta loma
donde ni un ser se mueve ni el aura bulle,
y tráeme de tus montes una paloma
que, oculta en esta encina, mi siesta arrulle.

Cántame los idilios con que regalas
al hijo extraviado que te visita,
y haz de tu amor de madre, con ambas alas,
un dosel en que apoye mi sien marchita...

¡Gracias, patria amorosa, gracias mil veces!

¡Dios conserve y bendiga tus moradores!
¡Dios de tus pobres hijos oiga las preces!
¡Dios les dé pan, virtudes, glorias y amores!

¡Dios aleje la muerte de tu morada!
¡Dios te dé a manos llenas dichas benditas!
¡Dios alegre tu cielo con su mirada!
¡Dios bendiga tus campos y tus casitas!

Tú has combatido siempre mis agonías
con fuerzas misteriosas y celestiales;
por eso hoy, gastado, como otros días,
vengo a buscar de nuevo fuerzas vitales...
¡Que se van extinguiendo mis energías!
¡Que se van apagando mis ideales!...

Úngeme de esa esencia tan misteriosa
que sacude la anemia de mi impotencia,
y a mi ser da una fuerza bien poderosa
para esta lucha horrible de la existencia.

Satura tú mi sangre con esa esencia,
y no llores por nada, patria amorosa;
canta y reposa,
¡gárrula aldea!,
duerme la siesta
sobre esta cuesta
que el sol caldea,
la luz platea
y el aura tuesta...
Y si es que, mientras lenta la tarde pasa,
no puedes regalarme brisa más fría,
¡bésame en esta frente, que se me abrasa,
y ampara esta cabeza, que se extravía!...
Pero si tú me quieres,
si tú me llamas,
¡nuestro cariño bendito sea!
Pero si no me adoras,
si no me amas,
¡¡¡dame a mi padre!!! y ¡¡adiós, aldea!!

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

